

GLORIAS DE ESPAÑA.



Asesinato del último conde de Castilla.

EL ÚLTIMO CONDE DE CASTILLA.

I

Acompañada tan sólo de una joven y linda camarera, se hallaba doña Sancha, la hermana de don Bermudo el rey de Leon, en uno de los aposentos con magnificencia preparados en la antigua vivienda de los soberanos. Ya estaba algo avanzada la noche, mas no parecía deseo de entregarse al reposo el que había conducido á doña Sancha á su habitación. Habíase despojado, si, de los costosos y pesados adornos de su vestido de infanta: un sencillo y suelto brial ocultaba las formas de su hermoso cuerpo, y todo su pelo reunido negligentemente en una sola trenza que caía á su espalda, contrastaba admirablemente por su lustre de azabache con el fondo mate de aquella túnica blanca como la nieve. No estaba serena la noche, y aquel sofocante calor que al aproximarse una tempestad se concentra en lo interior de las habitaciones, se dejaba sentir entonces en el suntuoso gabinete de doña Sancha. Hizo pues que abriesen las ventanas, y deseosa de aspirar mas fresco ambiente, fué á apoyarse en la barandilla de una de las que daban al jardín. Encontrábase entonces desierto y silencioso, sin mas rumor que el producido por la caída del agua de las fuentes y por el ramaje mecido del viento que empezaba á soplar con alguna violencia. La infanta paseó sus miradas por aquellas sombrías masas

Junio 25 de 1843.

de verdor, ante cuyo oscuro fondo se divisaba alguna que otra blanca estatua de piedra, derecha sobre su pedestal cual mudo é inmóvil centinela de aquellas soledades. Mas allá del jardín solo se percibía una estensa campiña y luego un horizonte cubierto de opacas nubes. Contempló la infanta como el fulgor de los relámpagos las rasgaba de vez en cuando, y como si aquel efecto natural fuese para ella un triste presagio, abandonó la ventana yendo á sentarse en el sillón que su servicial camarera tenía preparado. Allí permaneció entregada á una profunda abstracción mental, mientras que su atenta servidora algun tanto apoyada en el respaldo, deseaba vivamente entablar la conversacion y echaba de menos las confianzas de su señora á las que estaba mal acostumbrada. Bien conocía ella, sin embargo, su situación y que algun vago presentimiento debía agitarla; cuando menos, aquel sobresalto que al pudor virginal de una doncella inspira la proximidad de su boda. Porque es de saber, que esto sucedía en el año de 1029, y doña Sancha, heredera del reino de Leon, estaba en vísperas de casarse con don García, conde de Castilla. Enlace era muy deseado y dispuesto de antemano para felicidad de ambos reinos, que debía celebrarse con inusitada pompa, allí mismo, en la ciudad de Leon en presencia de lo mejor de la España. El conde don García con una comitiva semejante á un ejército, había ya llegado á Sahagun y por eso la infanta, que hallaba muy natural se adelantase por verla antes que ninguno, le estaba esperando de un momento á otro y tan profundamente agitada como se ha dicho. En-

TOMO I. 46

tre tanto la camarera hablaba de la boda, estrañando ver tan triste á la que era entonces la muger mas feliz de la España.

—Feliz lo fui hasta ahora, decia doña Sancha, mas quien sabe si mi vida apacible y risueña de soltera, vendrá á turbarse con esta boda, cuya idea me intimida?

—Por Dios, tened mas confianza en el porvenir. La felicidad no os puedo faltar, á vos que vais á reunir en vuestra persona las coronas de Leon y de Castilla, para labrar la felicidad de tantos pueblos, á vos que os llevais por esposo un principe tan galan que os adora....¿Y como no ha de adoraros? si os ve tan jóven, tan hermosa, tan amable, tan....

—Mira interrumpió la Infanta, podias esperar para adularme á que estuviere sentada en el trono.

Fueron pronunciadas estas palabras con cierta espresion de ironia que hizo creer á la doncella fuesen una reconvenccion, por lo que apartándose algun tanto, dijo puesta la mano sobre su pecho:

—Señora, no he espresado mas que los verdaderos sentimientos de mi corazón.

Conoció la Infanta que sus palabras habian herido á la sensible camarera y como no habia sido su ánimo entristecerla tendió una mano acompañando el movimiento con apacible sonrisa. Con tal ademán de benevolencia, la muchacha se apresuró á estampar sus labios en aquella mano querida, dejando al mismo tiempo caer una lágrima que sentida por la Infanta la conmovió á su vez y la hizo echar un brazo al cuello de su leal confidente para estrecharla contra su seno. Quedaron entonces aquellas dos cabezas femeninas en inmediato contacto, confundidos los cabellos, inmóviles y como embargadas por un voluptuoso éxtasis.

En aquel momento una música suavísima empezó á sonar en el jardín y enfrente de las ventanas.

Sorprendidas las dos mugeres se miraron una á otra, pero en silencio: aquella era una mirada de inteligencia, de placer y de admiracion. Toda su curiosidad cedia entonces al deseo de no perder un solo sonido de aquella celestial melodía. Asi permanecieron absortas, hasta que llegado el fin de la sonata aerea y misteriosa, una vozcita humana pronunció allí cerca estas palabras:

—Doña Sancha....señora mia?

—Ah!...él es, exclamó la Infanta precipitándose á la ventana.

Era efectivamente el conde don Garcia. Un mancebito de pocos años, pero crecido y gallardo segun dicen los historiadores. Entonces resaltaba aun mas la gallardía de su persona, porque deseoso de agradar bajo todos aspectos á su querida, se habia vestido con toda la riqueza y elegancia que su estado le permitia: asi es que á pesar de la oscuridad de la noche, bien brillaban las recamadas labores de su ropilla de seda, la rica joya que pendiente de una cadena de oro le caía sobre el pecho y la estrella de diamantes, donde estaban prendidas las plumas de su gorra de terciopelo.

Apenas vió el conde á doña Sancha puesta en la ventana, se acercó mas para saludar á la señora de sus pensamientos y entablar uno de aquellos diálogos dichosos entre amantes que se ven correspondidos. Los primeros momentos se pasaron en manifestarse el reciproco placer que esperimentaban al verse y renovar la fé de su constante amor. Despues curiosa doña Sancha no pudo menos de preguntar al conde el motivo de su imprevista llegada.

—No ha sido otro, contestó mas que el deseo de veros, señora mia; el de llegar cuanto antes á hincarme de hinojos ante la deidad que adoro.

—¿Y nadie sabe en Leon vuestra venida?

—Ahora creo que sola vos sois sabedora; mas se divulgará dentro de poco tiempo. En cuanto amanezca he de entrar en el vecino templo á dar gracias á nuestro

patron san Isidro y alli es forzoso que alguno me acompañe. Entre tanto el sueño y el descanso eran cosas imposibles para quien ansiaba veros y he querido causaros esta sorpresa.

—¿Donde queda vuestra escolta?

—¿Escolta? A esta ciudad no trage ninguna: el acompañamiento no hubiera servido mas que para entorpecer la celeridad de mi caminata y hacer que todos me reconociesen. En Sahagun quedan el rey de Navarra, sus hijos y todo su ejército; con él se han incorporado mis valientes tropas y lo mejor de mi corte. ¡Oh! ya vereis como son las gentes de Castilla. Todos están impacientes por conocer á su soberana.

—Mal hicisteis, conde, en venir asi, solo y sin armas.

—¿Y para qué las armas?—Vaya, dejad esos temores.

—Teneis quien muy mal os quiere.

—Nunca hice mal á ninguno.

Quedó pensativo el conde, conociendo que su amada podia tener razon. Propúsole ella si gustaba que supiesen en el alcázar su llegada, y cuando él estaba contestándola que no convenia se divulgase, sintieron de improviso un extraño rumor hácia aquella parte por donde don Garcia mandó retirar á los músicos. Pareciole al conde que huían los suyos, que habia visto relucir armas y que alguna gente se acercaba.

—Esperad, dijo, no sé qué sucede á los míos.

Antes de que la infanta se abalanzase para impedir su movimiento, ya estaba don Garcia lejos entre la espesura para reconocer á los que llegaban. Quedó la pobre muger en la misma actitud y deteniendo su respiracion, para que no la impidiese prestar oido atento á lo que sucedia. El mismo rumor, algunas voces confusas y movimiento entre el ramaje; fué lo único que observó; pero despues el ruido se fué aumentando, oyó gritar ¡Traidores! y reconoció la voz de su esposo. Ya no fué entonces dueña de sí misma, empezó á pedir á voces socorro y mientras que su fiel camarera iba á demandarle alborotando el palacio, ella sola y resuelta buscó la salida del jardín y corrió en pos de don Garcia. Encontrósele la desconsolada muger en medio de tres hombres desaforados, con las espadas en la mano y tuvo al conde por perdido, al reconocer en aquellos hombres á los tres hijos del conde de Najera, á los tres hermanos Velas, don Rodrigo, don Diego y don Inigo, que tenian de largo tiempo premeditada la muerte de don Garcia. Habia este levantado el destierro á su padre y aun habia procurado satisfacer los agravios que sin razon decian haber recibido de los condes de Castilla: pero aquellos vengativos nobles eran incapaces de perdonar, y apoderados entonces de la persona del conde se le llevaban para que suscribiese á todos sus ambiciosos designios, ó de lo contrario saciar en él su saña de un modo ruidoso. Estorbóselo doña Sancha, que precipitándose desesperada entre ellos pugnaba por asirse de su amado, llamándoles traidores y malos caballeros. Exasperados los Velas con las imprecaciones y amenazas de aquella muger, y conociendo el tiempo que les hacia perder, la repelieron brutalmente sin miramiento á su sexo y categoria. ¿Quién podrá referir la cólera del conde al ver tratar así á la señora de su corazón? La mitad de su vida hubiera dado por vengar tamaño ultraje, y su indignacion fué tanta, que en un sacudimiento de su ira, logró á pesar de su corta edad, desprenderse de los que le tenian sujeto. En aquel instante recibió una estocada mortal que le tiró Rodrigo Vela y luego otra y otra con que quisieron asegurarse los rencorosos hermanos de su muerte, sin que el desfallecido conde pudiese amparar á la infanta, ni menos guarecerse en la vecina iglesia de san Isidoro.

Huyeron los asesinos é iluminóse el jardín con los antorchas que traian los criados y demas gentes que habian salido del palacio. Hasta el mismo don Bermudo acudió en busca de su hermana, y cuando llegaron todos al si-

tio de la catástrofe solo encontraron un espectáculo bien doloroso. Doña Sancha medio arrodillada en tierra, con el cabello suelto y desordenado, con su blanco vestido teñido de sangre, se hallaba sosteniendo el cadáver de su esposo, el que tenía algun tanto incorporado del suelo. La horrible impresion que aquella desgraciada joven recibia era tal, que permaneció como insensible: ni una palabra, ni un sollozo se exalaban de sus labios. Únicamente las lágrimas bajaban como dos hilos por su rostro en el que estaba pintada la mas espantosa agonía. Cuando entre los que rodearon aquel lastimero grupo, reconoció al rey su hermano, abrió al fin sus labios para clamar con una enérgica espresion de dolor y de amargura.

—¡Venganza.... venganza!!

II.

Hay hacia la parte oriental del reino de Leon y por el lado en que dicho reino confina con la antigua Castilla, una dilatada cordillera de montañas, que sirve de limite natural á entrambas provincias. De aquellas enormes masas de piedra, se desprenden á trechos algunos ramales que se prolongan mas ó menos en las vastas llanuras de Castilla. Por entre los áridos peñascos de uno de estos destiladeros, vagaba un hombre, al caer de una hermosa tarde, procurando internarse cada vez mas en aquel terreno solitario, cubierto de malezas, barrancos y cabidades sombrías. Ya hacia buen rato que estaba recorriendo tan áspera montaña y sus fuerzas iban debilitándose: ya estaba roto el calzado de sus pies y sin embargo caminaba con ardor, sin que el aspecto de alguna habitación, de alguna miserable choza viniese á aliviarle en su fatiga. El terreno se iba presentando cada vez mas árido y la especie de sendero por donde se subia insensiblemente hasta la cumbre, no ofrecia la mas mínima huella de pie humano y solo, si, frecuentes cortaduras, ya por las quiebras que habia formado el descenso de las aguas, ya por los largos ramos que interrumpian el paso. El caminante estenuado de fatiga, se reclinó sobre una peña en uno de los recodos de aquel sendero agreste. Parecía dominado por una incomprensible emoci6n: experimentaba un vago terror, cual si tuviese delante de sí algun ser sobrehumano, como si alguna formidable aparicion se levantase ante sus ojos. El corazon le palpitaba con violencia, un sudor frio inundaba su frente y temblaba desde los pies á la cabeza. En tanto que él era victima de tan terrible agitacion, todo estaba tranquilo y silencioso al rededor suyo. El sol que resplandecía casi junto á el horizonte, doraba las cimas de las rocas y no se escuchaba mas ruido que el del zumido del viento que mecía con suavidad los pinos de la montaña.

De improviso el viagero se incorpora, se cree ya descubierto, perdido: empuña la espada que desnuda yacia á sus pies y permanece inmóvil y como clavado en tierra. El eco de una voz humana habia llegado á sus oidos. Fija la vista en las sinuosidades del camino, observa con escrupulosa atencion y ve cruzar por entre una quebradura de las peñas, un grupo de hombres que se venian acercando hacia donde él estaba. Entonces no tuvo tiempo mas que para esconderse rápidamente entre las matas. Al pasar aquellos hombres que eran soldados de infanteria, por el sitio donde habia descansado el desconocido, uno de ellos se dejó caer sin mas ceremonia sobre la yerba diciendo á sus compañeros:

—Descansemos un instante aqui. A fe mia que sudo á mares con esta maldita cuesta!

—Oh! contestó otro, tendiéndose á el lado de su compañero y si despues de tanta fatiga no perdiéramos el viaje, ya lo podríamos dar por bien empleado.

—Lo que es eso, dijo uno, no tiene remedio. Si como dicen es cierto que el traidor está agazapado en este

monte desde que se escapó de Monzon, cogido es sin duda alguna. Todas las veredas que salen al llano están tomadas por nuestras tropas y otros destacamentos iguales al nuestro cruzan la cumbre por todas partes.

—Y cuando se le pille ¿que harán con él?

—Matarle, descuartizarle, desollarle vivo.

—O tal vez le quemarán en Monzon, como á sus hermanos.

—Mejor seria que le tuviesen colgado cabeza abajo, de una de las almenas del castillo.

—A bien que él se lo tiene bien merecido, porque la muerte del buen don Garcia es cosa que clama el cielo. Yo mucho me alegrara que cayese en nuestro poder.

—Asi serian nuestras las doblas de oro que doña Sancha ha prometido al que logre echarle la mano.

Toda esta conversacion pasó rápidamente entre los soldados sin que tomase parte uno de ellos, que se habia quedado de pie mirando de cuando en cuando á todos lados con amenazador ceño. Cuando le pareció que ya era tiempo de desplegar sus labios, dijo:

—Como yo supiera donde está metido ese infame, le aseguro que las doblas de oro no serian de otro mas que del hijo de mi padre.

Despues como vió que sus camaradas aplaudian el alre fanfarron con que se espresaba, exclamó:

—¡Por Santiago! que no quisiera mas gusto que el ver á este pícaro ante mis ojos.

Una sorda exclamacion salió entonces de entre los arbustos que habia á espaldas de los soldados. Volviéronse ellos á mirar fijamente hacia aquel sitio y vieron que la maleza se agitaba por sí misma, como para dar paso á un cuerpo; por entre las ojas vieron brillar una espada y luego salir intrépidamente hacia ellos un hombre de sinicta catadura.

—¡Rodrigo Vela!!

Asi gritaron á la vez aquellos cobardes, huyendo despavoridos desde el primero hasta el ultimo. ¡Tanto fué lo que les impuso aquella repentina aparicion! Don Rodrigo plantado y con espada en mano, les gritaba tambien:

—¡Canalla! Venid á ganar las doblas de oro.

Ellos en tanto seguian huyendo y con tal precipitacion que uno se deslizó y cayó en un barranco. Don Rodrigo corrió al instante sobre él y poniéndole la punta de la espada ante los ojos, le dice.

—Eres muerto sino me contestas la verdad en lo que voy á preguntarte.

El soldado trémulo por toda respuesta hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Qué es de mis hermanos desde que fueron cogidos en el castillo de Monzon?....Habla.

—Han sido quemados vivos.

Rechinaronle los dientes á don Rodrigo y no quiso saber mas. Despues arrojando al suelo sus insignias y ropa de caballero, volvió á decir al soldado.

—Pronto, cambia tu ropa por la mia.

Y vistiéndose rápidamente el tosco gaban y la gorra del caido le dijo al despedirse.

—¿Me prometes no moverte de este sitio?

—Os lo juro.

—Pues bien, te dejo con vida.

Arto continuo y siempre con espada en mano empezó á huir por entre las rocas, cruzando por entre los matorrales y deteniéndose á trechos para cobrar aliento y escuchar; pero ni esta precaucion ni el haber mudado de traje pudieron salvarle. La salida del monte estaba ocupada por tropas á quienes habian ya alarmado los fugitivos. Cuando mas seguro pensó escapar por una vereda, se encontró cara á cara con los que venian en su persecucion. «¡Rindete traidor!» le gritan; pero don Rodrigo, resuelto á morir matando, se arrojó de espaldas á un árbol haciendo una defensa desesperada. Acuden mas soldados, las espadas le cercan por todas partes y á pesar de la de-

sigual contienda, él hiere á muchos de sus enemigos, sin recibir por su parte la mas pequeña herida. Los soldados parecia que solo trataban de desarmarle: tenían órden de cogerle vivo y al fin lo consiguieron.

III.

Hallábase la plaza de Leon llena de un numeroso gentio indistintamente mezclado. Como en todas las reuniones populares de las plazas públicas, se encontraban allí cuantos tenían costumbre de acudir á pasar el tiempo y saber las últimas noticias. Siendo á demas la hora del mercado, los que concurrían á sus negocios venían á disputar el terreno á los curiosos y á los desocupados. Había allí pobres pecheros, sin blanca en la bolsa, mirando de reojo á los ricotes desdeñosos de la ciudad, allí había forasteros y también soldados con el tostado rostro y altivo mirar de los veteranos. Toda aquella heterogénea muchedumbre iba formando grupos y corrillos que se ensanchaban sucesivamente y en los cuales no faltaba asunto de conversacion. Hombres había allí que á falta de noticias eran capaces de inventarlas por su cuenta; pero los últimos sucesos de Leon y la muerte de don Garcia no eran tan añejos que dejasen de servir de pábulo á las observaciones. La opinion dominante era que tales acontecimientos iban á cambiar el porvenir de la España. La preponderancia extraordinaria que el rey don Sancho de Navarra acababa de adquirir con el condado de Castilla, heredado por su esposa doña Nuña, hermana mayor del malaventurado don Garcia, inquietaba bastante los ánimos: mayormente que el dicho rey don Sancho había entrado ya por tierras de Leon, para sofocar con las armas las pretensiones que al condado de Castilla alegaban el rey don Bermudo y su hermana doña Sancha, antes viuda que casada. Otros que pretendían estar mejor informados de los negocios políticos, tranquilizaban al pueblo asegurándole que de este suceso, del que todos temían una guerra general en España, iba por el contrario á resultar la paz y concordia de todos, por medio del casamiento de doña Sancha, heredera del reino de Leon con don Fernando primogénito del rey de Navarra el que había de reunir en su persona los estados de sus padres y el de su esposa, y á quien no bastando el título de conde era preciso darle el de rey de Castilla. Ni faltaba allí tampoco quien para corroborar esta noticia, afirmaba que el casamiento ya estaba estipulado y que solo esperaban para que se verificase el completo castigo de los asesinos del último conde, pues doña Sancha con tan estraña como firme resolucion, se negaba á admitir nuevo esposo sin que se cumpliese este requisito.

Todas estas habillitas se tenían entre las frecuentes in-

terrupciones que ocasionaba el volverse para mirar alguna doncella de esbelto talle que cruzaba hacia san Isidoro, cubierto el rostro con un velo y seguida de cerca por la dueña cuidadosa ó alguna respetable matrona, ó tal vez para dejar paso franco á algun rico-home, que con su sombrero encasquetado se dignaba contestar apenas á los profundos saludos que le hacían. Pero lo que suspendió todas las conversaciones y deshizo todos los grupos, fué el sonido de una tristísima bocina que se oyó, á deshora en uno de los ángulos de la plaza. Agolpóse hacia allá la multitud, por entre la cual abriendo calle los ministros de justicia dejaron ver un horrendo espectáculo. Venía puesto sobre una mula un hombre ó por mejor decir, un tronco de cuerpo humano, pues, traía cortados los dos pies, las dos manos, la lengua, y aun arrancado uno de los ojos. Nadie hubiera conocido á don Rodrigo en estado tan lastimoso, si no hubiera vuelto á sonar la trompeta y el pregonero no hubiera pronunciado en voz alta estas palabras,

—Oid, oid, oid. Esta es la justicia.... que manda hacer.... la infanta doña Sancha.... en este traidor.... por la muerte alevosa.... que dió.... al conde don Garcia.... su marido.— Quien tal hizo.... que tal pague.

Grande había sido el delito de aquel hombre y mucha indignacion había causado en el pueblo: pero entonces un profundo sentimiento de terror y de compasion dominaba á todo el concurso, viendo pasear al reo por todo el mercado en tan deplorable situacion. Al fin pereció en la hoguera, las ideas tristes se desvanecieron pronto y nadie volvió á ocuparse del trágico suceso.

El casamiento que algunos pronosticaban, se verificó en efecto, y de él provino la tranquilidad y ventura de los pueblos. La constancia con que doña Sancha promovió y llevó á cabo el castigo de los poderosos asesinos del hombre que había obtenido su primor amor, manifestó de cuanto era capaz aquella muger que sentada despues en el trono de Castilla, supo desprenderse hasta de la última de sus joyas, para realizar las vastas empresas de su esposo sin gravamen de los pueblos. Es seguro que don Fernando no hubiera logrado el título de *magno* sin haber tenido á su lado á esta muger heroica; pero tuvo además la fortuna de que en su época se llegara casi á realizar el gran pensamiento, la alhagüena ilusion de los soberanos sus antecesores, cual era el hacer de todos los reinos de España una misma familia. Don Fernando I de Castilla, debió la gloriosa série de sus célebres conquistas á la unidad que en su persona logró la monarquía, cuando reunió los castillos y leones bajo una misma corona en el escudo real de España.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.



ESTUDIOS HISTORICOS.



ZINGA,

REINA DE MATAMBA Y DE ANGOLA.

De todos los estudios á que podemos dedicarnos, el de la historia tal vez es el mas atractivo. En él es donde el hombre estudia al hombre y aprende verdaderamente á conocerle. Al volver este inmenso espejo hacia tiempos pasados, países lejanos y pueblos casi desconocidos, el espíritu queda confundido viendo las pasiones humanas reproducirse y multiplicarse bajo tantas y tan diversas formas, ora sea el mal ó el bien el móvil de un gran sacudimiento moral ó político. Estudiando, pues, en ese libro de bronce donde se escribe la historia, es como el hombre aprende que en todos los lugares, y en todas las edades del mundo, el alma posee facultades siempre dispuestas para los grandes crímenes y para las grandes virtudes.

Entre las épocas notables que nos presenta la historia, las hay que se distinguen principalmente por la influencia que ejercen en el porvenir; á este número pertenece sin duda la época del siglo XVI. (1) La separación de las dos iglesias fué de la mayor importancia, sobre todo para los asuntos políticos del Africa y del Asia, en los años que siguieron á la reforma y las contiendas de portugueses y holandeses en el Japon y en el Congo; las intrigas de unos y otros en la Abysinia y en los reinos de Matam-

ba y de Angola tuvieron una funesta influencia sobre la dificultad que experimentaron en seguida los europeos para introducir el comercio y las luces en esta parte del Africa y Asia. Además los misioneros tan recomendables por otra parte, no llenaron su deber de ministros de paz, exaltados como estaban con la oposición que hallaban algunas veces en hombres tan cristianos como ellos.

Zinga, reina de Matamba, cuya biografía presentamos, tuvo una parte activa en las luchas que ensangrentaron el Africa en aquella época. Cruel y vengativa, como el hombre mas salvaje de su nación, aunque era muger y se anticipó á su tiempo, fué en un principio aparentemente el instrumento de los misioneros católicos, para someterlos despues mejor á su voluntad.

Zinga ó Nzingha, segun se pronuncia en lengua ab-bondi, era hija de Zinga-n-Bandi-Angola, octavo rey de Matamba. Nació en 1582 y tuvo por madre á Changuella Cancamba, concubina favorita del rey Bandi-Angola. El horóscopo de esta muger haria creer en la astrología. Todos los adivinos del país, convocados en su nacimiento predijeron que seria un monstruo de crueldad.

—O aë! maama aë!...ma aë!.... (1) exclamaron aterrorizados todos los que notaban las señales que presentaban las líneas de su cara.

Pero al lado de estos signos habia otros que tambien anunciaban que seria una muger singular y distinta de las demas. Asi debió conocerlo su padre cuando le dió una educación mucho mas guerrera que las que recibían las princesas africanas: Bandi-Angola pertenecía á la secta de los guiagos (2); frecuentemente bendecía á su hija

(1) Y los primeros años del XVII; si bien los acontecimientos que los señalaron, deben considerarse como consecuencia necesaria del XVI.

(1) ¡Oh! Qué monstruo vá á ser esta niña!....

(2) Relacion de los reinos de Matamba y de Angola. Véanse las

con todas las ceremonias santas de aquella religion sanguinaria, esto es, rodeándose de cadáveres de niños recién nacidos y bebiendo sangre humana. No falló tan funesto augurio: naturalmente cruel, aquella educacion la dió una ferocidad de tigre, y siendo todavia muy joven fué llamada á prestar el homenaje de su piedad hacia sus sanguinarios dioses. Murió su padre, y sus funerales fueron lo que debian ser, los de un rey de Africa de la religion de los Guiagos. Doscientas inocentes criaturas humanas fueron degolladas y devoradas en el festin funerario de aquel pueblo antropófago.... y la gloria del rey difunto fué celebrada en aquel *tombo* (1) con los cantos de los verdugos acompañados de los gritos de las mugeres, de los niños y de los viejos que caian bajo el hacha ó el puñal de la misma Zinga que tributaba culto á los dioses abriendo el pecho de una doncella y bebiendo su sangre.

Y sin embargo decia que la repugnaban estas ceremonias, y que odiaba los festines de carne humana y las libaciones de sangre humana. Pero antes que todo era ambiciosa y vengativa, queria el trono y la venganza. Para obtener uno y otra necesitaba de la fuerza, y sobrado se la alcanzaba que esta fuerza solo se hallaba en el pueblo. Era, pues, preciso allagar sus pasiones.... Hubo un momento sin embargo en que creyó poder hallar algun apoyo entre los cristianos, y aqui es donde principiò á revelarse el genio superior de esta muger.

Algunos años antes de la muerte de su padre, Zinga habia tenido un hijo que amaba con ternura.... ¿La hiena no ama á sus cachorros?... El viejo rey amaba tambien á este niño, por que era hijo de Zinga á quien mas queria de toda su numerosa familia. El principe Ngolam-Bandi, heredero de la corona de Angola, y de Matamba, temia la competencia de su sobrino; sobornó á sus esclavos y el desgraciado niño fué ahogado en un baño de agua hirviendo.... Al saber su muerte Zinga sintió un verdadero dolor, porque al fin era madre (2); pero juró no llorarle sino el dia en que quedara vengada. Ngolam tembló al saber su juramento.... por que conocia demasiado á su hermana....

Al morir Bandi-Angola dejó cuatro hijos: Ngolam-Bandi, Zinga, Cambo y Fungi. Ya he dicho que la educacion de Zinga fué totalmente guerrera; la de sus hermanas Cambo y Fungi lo fue igualmente; pero séase que tuviesen menos valor ó coraje natural, Zinga fué la única á quien temió su hermano desde su advenimiento al trono.

Apenas murió su padre habiase retirado Zinga á una lejana provincia de Cabazzo, desde donde escitaba á los pueblos de Matamba á la sublevacion. Ngolam-Bandi descubrió muchas conspiraciones, castigó á los culpables con la ferocidad natural de su nacion y queriendo complacer á sus pueblos declaró la guerra á los portugueses para reconquistar de ellos las provincias de Angola, de que estaban en posesion.... Pero qué podian hordas sin disciplina, y hombres desnudos y mal armados contra tropas tan valientes como lo eran en aquella época los portugueses?....

Cartas edificantes, la relacion histórica de la Etiopia occidental, tomo II. Los guiagos eran antropófagos mas crueles que ninguna otra tribu del Africa aun en aquella época.

(1) Sacrificio.... Cuanto mas elevada era la gerarquia de las victimas, tanto mas grato era á sus sanguinarios dioses el *tombo*. Los que deseen mas pormenores de este horrible culto, pueden ver el segundo tomo de la obra titulada. *Relacion histórica de la Ethiopia occidental*, etc. por J. B. Labat, las *cartas edificantes* etc. etc.

(2) Sabido es que antes de la introduccion del cristianismo, la ceremonia del casamiento era casi desusada en Congo y en el reino de Angola. Ninguna de las *historias de Africa*, aun las que mas estensamente hablan del asesinato del hijo de Zinga, nombran á su padre.

Los negros fueron batidos, tomada la capital y el rey tuvo que huir.... La reina su muger y sus dos hermanos Fungi y Cambo fueron conducidos prisioneros... Por lo que hace á Zinga debió su salvacion á sus planes de revueltas, hallándose á la sazón muy lejos de Cabazzo. Ngolam-Bandi conoció que él era el mas debil, y como verdadero negro africano comprendió tambien que el disimulo era el unico medio, sino de vencer, al menos de recuperar lo que habia perdido. Envió embajadores al virey de Portugal en Angola, quienes prometieron mucho en su nombre... Celebróse un tratado, los portugueses evacuaron el pais y dieron libertad á las regias prisioneras; pero cuando llegó el caso de que Ngolam cumpliera sus promesas, las eludió todas, dando motivo para que se encendiera de nuevo la guerra.

Un nuevo virey, don Juan Correa de Souza, llegó á Angola. Era este un portugués, como habia muchos en aquella época, de relevante mérito, muy honrado, celoso de la gloria de su pais que no queria ver humillado por la perfidia de un negro salvaje. Habló con energía y Ngolam tuvo miedo.... pero para congraciarse con el virey quiso enviarle una embajada solemne, y como conociese la capacidad y el valor de su hermana Zinga, le propuso una paz *fraternal* pidiéndola que salvase al pais y fuese á hablar ella misma en persona al virey... Zinga se sonrió al recibir este mensaje.

—Si, contestó, iré sin falta....

Largo tiempo hacia que deseaba conocer á los europeos porque sabia que solamente entre ellos podia hallar civilizacion, y que la civilizacion por sí sola podia formar un pueblo de aquellas hordas numerosas que cubrian las arenas de los desiertos del Africa... Solo un motivo secreto pudo obligarla á aceptar la mision que la diera su hermano. Mas disimulada que él, afectó creer tanto mas en su arrepentimiento cuanto que aun no habia sonado la hora de la venganza... y el camino que se le proponia era el mas seguro para llegar á ella.

Partió, pues, para Angola con un tren magnifico. Su hermano añadió al que ella tenia habitualmente todo el fausto que le inspiró su orgullo para que su enviado y su hermana tuviesen la mas alta consideracion entre los europeos, que no dejaban, decia él, su risueña y fértil Europa sino por el cebo de las piedras preciosas y minas de oro enterradas en sus arenas abrasadoras.... De Cabazzo á Angola, Zinga fué conducida sobre los hombros de sus esclavos: hay mas de cien leguas entre estos dos puntos.

Al llegar á Angola fué recibida en la puerta de la ciudad por los magistrados acompañados de la milicia que se puso sobre las armas, y las tropas de linea y artilleria de la plaza le hicieron el mismo saludo que al virey...

Fué alojada en el palacio Ruiz Avagazo y tratada espléndidamente asi como su numerosa comitiva, á expensas del rey.

Cuando fué admitida en la audiencia del virey, vió al entrar en la sala del trono, que habia alli un sitial de terciopelo con franjas de oro para el virey y en frente de él una magnifica alfombra, pero sobre la cual habia solamente dos cojines de brocado. Al punto conoció que este era el asiento que la estaba destinado, y esta diferencia, que parecia aludir á su estado salvaje, la desagradó. Nada dijo, pero á una señal suya, una de las jóvenes esclavas de su comitiva vino á ponerse sobre la alfombra y apoyándose sobre sus codos, presentó su espalda á su señora, que sirviéndose de ella como de un sillón, permaneció sentada de esta manera todo el tiempo que duró la audiencia.

Zinga mostró en esta conferencia un talento extraordinario. Escusó sin bajeza á su hermano por la falta de cumplimiento á los tratados, pidió la paz pero con dignidad y manifestando al virey que si los portugueses tenían la ventaja de la civilizacion y de una disciplina desconocida entre los africanos, ellos gozaban la de estar en su patria en medio de los recursos que todo el poder del rey de

Portugal no podía procurar á sus súbditos... Este lenguaje dejó sorprendido al consejo, y con él convenció Zinga al virey, concluyendo un razonamiento digno del hombre mas hábil en una negociacion espinosa. El virey insistió fuertemente en exigir del rey de Matamba un tributo anual á fin, decia, de comprometerlo mejor, puesto que ya habia faltado una vez á su promesa. Pero esta clausula era demasiado humillante para que Zinga pudiera acceder á ella. Su ambicioso orgullo aspiraba á la corona de Matamba y la queria limpia de toda afrenta.

—Señor contestó al virey, jamás accederemos á esta condicion. Vos mismo no debiais exigirle de un pueblo que habeis reducido al ultimo estremo de desesperacion. Se pagará el tributo el primer año, y al segundo será violada la paz nuevamente para libertarse de él. Contentaos con pedir por ahora, pero de una sola vez, todo lo que podemos concederos; á esto se agregará la restitution de los esclavos portugueses y el ofrecimiento de la alianza de un rey poderoso. He aqui todo lo que yo puedo acordar en su nombre.

En esta misma audiencia se discutió y concluyó el tratado, despues de la cual el virey acompañó á la princesa, y como notase que la jóven negra que la habia servido de asiento continuaba en la misma posicion, aunque su señora se habia levantado, hizo esta observacion á la princesa, la cual contestó con altivez:

—La embajadora de un gran rey jamás se sirve dos veces de una misma cosa.

En esta época fué cuando viéndose obligada para ratificar el tratado á permanecer en Angola, se instruyó en la religion cristiana para adherirse á los europeos. Muchos de los misioneros portugueses que estaban en Angola, asiento de la mision de Africa, hablaban la lengua abundi é instruyeron á la princesa, la cual para quitar á su hermano todo recelo, mandó á decirle que lo hacia solo por conocer mejor á la nacion portuguesa. Ngolam-Bandi aprobó esta determinacion: Zinga recibió el bautismo en la iglesia principal de Loanda, siendo sus padrinos el virey y la vireina de Portugal (1) y tomó en las pilas bautismales el nombre de Ana que era el de la vireina. Partió en seguida colmada de honores por el virey, que la acompañó hasta muchas leguas, y volvió á Matamba, donde la llamaban grandes designios.

Ngolam-Bandi la recibió con aparentes muestras de reconocimiento, pero ambos se engañaban enteramente y debian desconfiar el uno del otro. No obstante el africano disimuló y manifestó deseos de hacerse cristiano, recibiendo la conveniente instruccion de un misionero, pero durante este tiempo hacia sordamente los preparativos de guerra. Envió á sus otras dos hermanas para ser bautizadas en Angola (2); mas apenas las dos princesas regresaron á Cabazzo, cuando Ngolam-Bandi dispuso algunas correrias por el territorio portugues, declarando de este modo la guerra sin ningun motivo.

Algunos pretenden que su hermana Zinga habia ganado al *singhille* consultado por el rey, y que le habia pronosticado una victoria completa sobre los portugueses. El desgraciado principe fué por el contrario enteramente derrotado, abandonado por sus tropas casi todas seducidas por su hermana. Obligado á huir solo tuvo tiempo para arrojarle á nado y pasar un brazo del Coanza á fin de llegar á una isla desierta, donde no fué seguido mas que de algunos criados que él creia fieles, pero que eran los ministros de muerte enviados por la venganza. Cercado en esta isla el desgraciado principe pronto se vió reducido á la ultima desesperacion. La profundidad y la estension del rio le cerraban toda salida del lado opuesto

á los enemigos.. Las bestias feroces le rodeaban rugiendo... Entonces fué cuando murió envenenado, no por su mano, sino por la de sus gentes. Fué enterrado en la isla donde murió con las mismas y sanguinarias ceremonias que su padre.

Tan luego como Zinga supo que su venganza habia principiado, se volvió á Cabazzo, y aprovechándose del amor de los pueblos hacia ella, se hizo coronar y abjuró el cristianismo, ofreció incienso y sacrificios á los idolos é hizo votos sangrientos y hecatombes humanas.

Su hermano dejó un hijo confiado al *giaga-kasa* (1), hombre de mérito superior y digno del depósito que habia recibido. Zinga queria la cabeza de su sobrino; necesitábala para asegurar en sus sienes la corona, necesitábala sobre todo para que su propio hijo, sacrificado por su hermano, estuviese tranquilo en su tumba...

Pero el jóven rey estaba seguro en medio de un campamento formado por el *giaga-kasa* que habia reunido en torno suyo algunos súbditos fieles. Zinga conoció que solo la astucia podia ponerle en sus manos; así que propuso al *giaga* casarse con él, añadiendo que hacia mucho tiempo que le amaba y queria coronarle.

Zinga era hermosa entre las de su nacion. El *giaga* se enterneció; pero la seguridad de su pupilo le hacia prudente y rehusó el partido que aquella le ofrecia. Bien podia Zinga emplear la fuerza, mas temia una revuelta, porque mientras aquel niño viviese, no podia menos de temblar sobre su trono. En fin un dia tomó una resolucion, no como una muger ordinaria, sino como quien *ella* era.... Marchó de Cabazzo y se dirigió al campo de su sobrino sin comitiva y casi sola... Colimó al niño de caricias, sedujo al *giaga*... el desgraciado llegó á enamorarse perdidamente de ella.... Celebróse el casamiento y en medio de la alegria y de las fiestas, empleó toda la seducccion de una astuta negra y el talento de una muger de Europa para atraer al tutor y al pupilo hasta Cabazzo; lo que al fin logró... allí estaba su fuerza. Apenas llegó á la ciudad, en medio de la misma plaza mayor, sacando con una mano su puñal, mientras que con la otra conducia á su sobrino, degolló ella misma al infeliz niño... cogiendo en seguida su cadáver, lo arrojó al rio que baña las murallas de la ciudad....

—He hecho lo que los *Singhilles* me han mandado, dijo despues de aquella sangrienta ejecucion..... He matado al hijo de Ngolam-Bandi como él habia matado al mio.

Y mirando en torno suyo con ojos de cólera y de sangre, parecia desafiar á todos y provocar un murmullo. Pero nadie se atrevió á hablar; el pueblo bajó la cabeza y se sometió temblando á una muger tan temible... Ademas era amada... valiente, era muger, y muger superior... debia dominarlos.

Una vez libre de la inquietud que le causaba su sobrino supo deshacerse tambien de todos cuantos pudieran tener algun titulo á la corona y no perdonó mas que á sus dos hermanas, no se sabe por qué... tal vez á causa de su nulidad, porque no podia ser por ternura fraternal....

Habiase servido de la alianza de los portugueses para traer las cosas al punto en que estaban, y sus intrigas se hallan esplicadas en todas las historias de los reinos de Angola y de Matamba. En la actualidad necesitaba mantenerse donde estaba, y el apoyo que le importaba obtener, era el de los africanos... de esas hordas numerosas de quienes aquella hábil muger, que se habia anticipado á su tiempo, queria hacer un pueblo. Sabia que ellos aborrecian á los cristianos é hizo olvidar su bautismo de redencion por medio de un bautismo de sangre humana, cometiendo los mas espantosos horrores de la secta de los

(1) D. Juan Correa de Souza; la vireina se llamaba doña Ana Meneses.

(2) Recibieron los nombres de doña Bárbara de Silva y doña Garcia Ferreja, que eran los de sus madrinas.

(1) *Adivinos profetas* que hablaban en nombre del espíritu de un antepasado. Estos hombres son muy venerados en Africa.

guiagos. Observó escrupulosamente los *quixiles* (1), y aventajó á la feroz Tem-Ban-Dumba, legisladora de los guiagos.

No pudiendo como ella sacrificar á la divinidad sangui-naria un hijo varon recién nacido, adoptó á uno, y después de la ceremonia de la adopción, lo mató ella misma para hacer de él un unguento execrable que preservaba de todos los males.

Exenta de todo temor dentro de sus estados, Zinga se ocupó entonces de poner en ejecución los vastos designios que la habían llevado á Europa, á pesar de aborrecer á los europeos. Leyes informes comparativamente á las nuestras, pero sublimes para el estado salvaje de sus pueblos fueron promulgadas por ella..... y en seguida resolvió reconquistar de los portugueses las provincias del reino de Angola que la habían usurpado. Olvidó las obligaciones que tenía para con ellos como las que la imponía su bautismo, y en fin declaró la guerra tan pronto como por medio de una demanda humillante quiso el virey darla á conocer que su título de cristiana la hacía tributaria del rey de Portugal.

—Yo no lo soy de nadie, respondió. Las armas deciden quien á quien se deberá ese tributo.

Entonces abrazó abiertamente y por medio de una renuncia pública la secta de los guiagos, llamó á su alrededor á todas las tribus guiagas del interior del Africa, que acudieron en tropel al lado de una reina *cuya fl. cha*, decían, *siempre duba en el blanco*. Despojándose, como aquellos crueles antropófagos, de todo sentimiento humano, llegó á ser su soberana y hacerse adorar por ellos. desde entonces su poder fué formidable. Así pasó treinta años. Siempre combatiendo, siempre victoriosa, cruel y vengativa, pero grande por su heroico valor, probó al mundo que existía en un país salvaje y lejano un ser que prefería la muerte á la esclavitud. Quizás fué arrastrada demasiado por la necesidad de vengarse..pero es preciso no olvidar la nación á que pertenecía y el tiempo en que vivía. Zinga apasionada y vengativa, como todos los negros, debía necesariamente llevar sus pasiones hasta el exceso en un país donde el que ciñe la corona y empuña el cetro puede todo lo que quiere.

Uno de los medios mas poderosos que empleó para dominar á sus pueblos fué el de mostrarse inspirada y saber por un espíritu familiar todo cuanto se tramaba contra ella ó contra el estado. Durante sus relaciones con los portugueses, adquirió una voluntad decidida de civilizar á su nación, que aunque ejecutó imperfectamente, fueron bien recibidas sus mejoras por las de Angola y Matamba. Estaba además dotada de un carácter resuelto y pronto, y los misioneros que mas de cerca la trataron, dicen que es notable como había adaptado á las costumbres africanas lo que había observado de bueno en las costumbres europeas. Sus pueblos la veneraban y aun veían en ella algo de divino. Un día después de su segunda conversión, un esclavo que trabajaba en el jardín del hospicio se fugó precipitadamente al oír que llegaba la reina; el padre Antonio de Gaeta, entonces en Cabazzo, le preguntó porque se había marchado tan aceleradamente.

—Porque he hecho un robo á uno de mis camaradas, respondió el negro y con solo que me hubiese visto la reina, lo hubiera conocido y me habría castigado, porque tiene un espíritu que se lo dice todo. (2)

Así servían sus venganzas á sus designios. Recogió los huesos de su hermano y los encerró en una caja por-

tátil, cubierta de planchas de plata cinceladas, y se consagró un singhille á su culto. En las circunstancias difíciles, fingía consultar el espíritu de su hermano, de su hermano asesinado!..... asesinado por ella (1)...

Su venganza, como he dicho antes, era terrible como el fuego del cielo. Comunmente no se limitaba, á una persona, una familia, una aldea ó un pueblo.... sino que una provincia entera era saqueada, incendiada y destruida...

De este modo se vengó del gefe de la provincia de Sono, porque dijo que ella era despreciable. Otro sufrió la misma pena por una simple palabra y doscientos treinta de sus oficiales perecieron con él, repartiéndose después los cadáveres de las víctimas entre sus antropófagos que celebraron un festin de júbilo. (2)

Es costumbre en Angola que á la muerte de un hombre poderoso se entierre con él una de sus mugeres para servirle en el otro mundo--Acababa pues, de morir el gefe de la casa de la reina; dos mugeres del difunto se disputaron el honor de seguirle, y como hablasen de esta extraña disputa á Zinga, mandó comparecer á su presencia á las dos mugeres para decidir la cuestión. Pero apenas designó cual de las dos aspirantes había de enterarse con el muerto, cuando llamó á la otra que se retiraba y dijo friamente:

—Que esta también sea arrojada en la huesa con su compañera.

Zinga era de un carácter eminentemente guerrero: á la cabeza siempre de numerosas tribus de guiagos que había sabido atraerse, recorría las provincias como un torrente furioso, destruyendo y asolando cuanto encontraba al paso y convirtiendo en un desierto las mas fértiles provincias.—En fin los portugueses atormentados y desesperados resolvieron lanzarla al interior del Africa; pero sirviéndose de las armas de Zinga, no combatieron al principio abiertamente y se contentaron con hacer enemigos entre sus mismos aliados, y aun sobrepujaron sus esperanzas.

Los portugueses proclamaron rey de Congo á Ngola Aarij, único que había podido salvarse de la mortandad de la familia real, y le ofrecieron su apoyo si hacia la guerra á Zinga: esta se la declaró, y entonces los portugueses creyendo haber logrado lo bastante para intimidar á la africana, le propusieron su cooperación para someter á Ngola Aarij.—En esta ocasión fué donde Zinga manifestó un corazón grande y noble.

—Yo soy reina, dijo al enviado cristiano fuera de sí de cólera, vuestro virey me insulta.. ¡Cómo se atreve, él que no es mas que gobernador á hablarme en esos términos, á mi que soy una soberana! Acaso me ha vencido para hablarme de un tributo á su rey? No, yo no estoy vencida, repitió muchas veces golpeando el suelo con un venablo que llevaba siempre en la mano. Tengo buenas tropas, y valor; yo me batiré. En cuanto á un tributo si vuestro gobernador lo quiere, lo pedirá á mi cadáver, porque mientras viva no lo obtendrá.

(1) En las relaciones históricas del reino de Angola se hallan referidas minuciosamente las crueldades de Zinga, pero son tan escandalosas que no he querido ensangrentar inútilmente estas páginas hablando de aquellas monstruosidades. Por lo tanto paso en silencio los asesinatos de mugeres embarazadas, el suplicio del agua ras y de la sal en los miembros cortados, y una multitud de horrores que hacen estremecer un corazón humano.

(2) Para cubrir los gritos de las desgraciadas víctimas cuando se verificaba un *tombo* (sacrificio) en el campo, mandaba Zinga tocar toda clase de instrumentos militares, y para limpiar el sitio inundado de sangre, empleaba un medio que nadie adivinaria fácilmente. *Hacia lamer la tierra á sus esclavos!... Relacion histórica de la Elio-pta, tom. 4.º, pág 63; Cartas edificantes, historia de Angola.*

(1) *Quixiles*, leyes de los guiagos dadas por su legisladora, Ten-Ban-Dumba. Estas leyes son mas sanguinarias que las de Dracon.

(2) Zinga tenía organizado tal sistema de espionaje que todo lo descubría. De este modo hacia creer que recibía revelaciones del cielo.

Los portugueses la conocían bien: vieron que era preciso pelear y levantaron nuevas tropas. Recorrieron las márgenes del Coanza; de diez y siete islas que hay en este río, tomaron dos y bloquearon a la reina en la de Dangij; en esa misma isla donde su desgraciado hermano había muerto envenenado por ella... Pero los remordimientos la dominaban muy poco... Reducida pronto al último extremo por la mosquetería de los portugueses, tuvo que oír a un parlamentario que la dio doce horas de término para rendirse. ¡Rendirse!... ella!... Zinga!... Mando llamar al *singhille* (1) de su hermano y le dijo que interrogase al *espíritu*... El espíritu respondió lo que era menester para reanimar el valor, no de la reina, que no había sufrido la menor alteración, sino de los que la rodeaban y ella veía abatidos... Esto sucedía por la tarde... Pasó la noche. A la mañana siguiente los portugueses no vieron a nadie en la isla... no oyeron ningún ruido... Se temieron alguna estratagemas... pero como penetrasen en la isla, la encontraron enteramente desierta... Solo al rededor del sepulcro erigido a Ngolan Bandi yacían catorce cadáveres de doncellas, degolladas por Zinga, para dar gracias al espíritu de su hermano.... Durante la noche había abandonado la isla, atravesando el río a nado en un sitio que había parecido bastante impracticable a los portugueses para colocar centinelas en él y se había retirado a toda prisa a la provincia de Oaceo.

Furiosa por sus reveses penetró en los mas apartados desiertos siempre en busca de enemigos portugueses; asoló sus propias provincias de que aquellos eran dueños.. recuperó a Matamba, marcó con un hierro ardiendo a la reina Matamba-Muago que la defendía para los portugueses, y como una hiena salida de los desiertos con el hambre y la sed de carne y sangre humana, llegó a ser el terror aun de los mas intrépidos.

Aprovechándose entonces de su ausencia el giaga Caisangé (2) se apoderó de las provincias que la quedaban, arruinó los pueblos, incendió las casas é hizo todo cuanto había hecho en otro tiempo su cruel soberana.... Al saber Zinga estas noticias, volvió a marchas forzadas é hizo salir al giaga de sus estados. En seguida se retiró a Partos, pero combatiendo siempre... Entonces acabó de desenvolverse el carácter de Zinga y se dió á conocer tal como era. Conoció que los europeos y ella debían unirse para que pudiese dominar á las naciones bárbaras que gobernaba.... Un nuevo revés le hizo conocer que esas mismas naciones que la habían dedicado cuando obtenían alguna victoria, la iban á abandonar.... Un medio la quedaba de atraerse á los portugueses y no se descuidó en emplearlo. Sus últimas victorias la ponían en estado de no aceptar si no una paz honrosa y dió muestras de querer abrazar nuevamente el cristianismo. El virey de Portugal que tenía orden de su corte de llevar á cabo á toda costa la conversión verdadera ó fingida de Zinga, le envió al momento misioneros y un embajador... El capuchino Antonio de Gaeta recibió su abjuración y la reconcilió con la iglesia. Convencida además que sus pueblos no podrán civilizarse sino por la religión cristiana, Zinga abrazó esta vez la doctrina del evangelio con ánimo resuelto y decidida voluntad de permanecer fiel á ella. Por medio de un tratado renunció solemnemente á sus pretensiones, á pesar de ser justas, al reino de Angola que poseía el rey de Portugal, quien á su vez estipuló con ella una alianza ofensiva y defensiva para sostenerla en el reino de Matamba. Tenía entonces Zinga setenta y cinco años (3). Publicó varios edictos pa-

ra abolir la secta abominable de los giagos y sus supersticiones impías: grandes planes concibió esta muger, que á pesar de su carácter naturalmente cruel y sanguinario, fué una gran reina y supo mostrar generosas virtudes al lado de los mas odiosos y repugnantes vicios. Ella se atrevió á lo que nadie hubiera intentado, pero que su alma verdaderamente heroica le hacía mirar como un deber de la corona que ceñía, á luchar contra un pueblo que quería subyugar á su nación, con un vigor que revelaba la fuerza y el temple de su carácter y toda la extensión de su porvenir. Dedicábase asiduamente á hacer florecer la civilización en sus estados, cuando la sorprendió la muerte el 17 de diciembre de 1665. El género de su enfermedad fué poco conocido; sin embargo segun refieren las memorias del padre Antonio de Gaeta, pereció de una fusión de pecho mal curada.... Tenía entonces 82 años.

La reina Zinga murió con grandes muestras de arrepentimiento, dejando á su nación medio civilizada é inconsolable con su pérdida.

«Cuando fui al palacio, dice el padre Antonio de Gaeta, vi á la reina adornada con mas mejores y mas preciosas joyas y vestidos. Tendida sobre una camilla, cubierta con un manto de oro, cuyas puntas estaban recogidas sobre su pecho y sujetas con un broche de rica pedrería, ostentaba en su cabeza un casco ceñido con una corona de oro, guarnecida de plumas de diferentes colores; dobles collares de coral y gruesas perlas y pendientes riquísimos, adornaban sus orejas y cuello; sus brazos hasta los codos, y sus piernas hasta los talones, estaban recargados de brazaletes y anillos de oro y piedras preciosas, y de crines de elefantes trezadas ingeniosamente, lo que constituye uno de los mas preciosos adornos del país. Sus pies pequeños calzaban lindas sandalias de terciopelo rojo cerradas con un boton de coral, y toda ella estaba rodeada de flores....»

«Hacia el medio día se la espuso en el pórtico de las audiencias en una cama de respeto, cubierta con una tela del país llamada gabu. Estaba como sentada con su rosario en la mano y apoyada contra un cojín, que uno de sus pages sostuvo durante muchas horas como una estatua....»

El mismo padre Antonio refiere que en el acto de ser espuesta á la admiración pública, viéndola sus subditos adornada con la corona en la cabeza, dieron las mas señaladas muestras de alegría, porque creían que había resucitado; pero cuando advirtieron que no les echaba su bendición como acostumbraba hacer, entonces prorrumpieron en sollozos y ahullidos lastimeros, tirándose contra el suelo, arrancándose los cabellos y cubriéndose la cabeza con polvo para deplorar de este modo la pérdida de su reina incomparable.

Zinga gastaba un lujo excesivo en sus vestidos: habitualmente llevaba telas hechas en el país de cortezas de árboles y tan finas, que no las igualaba el mas hermoso raso de Europa; usaba siempre dos vestidos, de los cuales el uno la servía de taparabo y el otro de manto. Pero los días de ceremonia constituían su manto real los mas ricos brocados de Asia y Europa. Su cetro era un baston cubierto de terciopelo rojo, bordado de perlas y guarnecido de campanillas de oro y plata.

Algunas veces se vestía á la portuguesa para representar, decía riéndose, el papel de doña Ana.

Era aficionada á la caza, pero había de ser peligrosa. En su habitación se veían, dice el padre Antonio, los despojos de leones y tigres que había matado y los cuales enseñaba con orgullo.

eran católicos; pero el hecho es que Zinga no desperdició coyuntura, y tuvo por mejores aliados, á los portugueses que á los holandeses. En esta misma época obtuvieron estos del emperador del Japon la facultad de comerciar en este país con la condición de que habían de escupir el crucifijo y la imagen de la Virgen y pisotearle

(1) Ya hemos dicho que este nombre se daba á un adivino consagrado como sacerdote al *espíritu* de un antepasado.

(2) Era este un hombre eminentemente notable, pero es preciso no leer su historia en los misioneros, que le tratan como incrédulo, herético, y dicen de él muchas falsedades.

(3) Antes de su última paz con los portugueses, intentó otra alianza con los holandeses, aunque esto fué por poco tiempo; en seguida volvió á dirijirse á los portugueses segun los misioneros, porque

Tenia trescientas mugeres para su servicio; diez de ellas la acompañaban constantemente y no debían perderla un solo momento de vista.

Comía siempre en público: tendíase en el suelo una gran estera del país y encima un mantel de lienzo de Europa: Zinga se sentaba sobre un cojín y comía sin tenedor ni cuchillo. Repartía pedazos de vianda enteros entre sus criados, que por respeto, aunque no tuviesen hambre, debían comerlos al instante sin dejar nada. El padre Antonio vió que en un día ordinario la sirvieron hasta ochenta platos....

Entre ellos había, dice, lagartos, langostas, y ratones asados con el pelo y la piel: Zinga le ofreció uno, y el padre le dió las gracias.

Vosotros los europeos, le dijo, no sabéis lo que es bueno y delicado.

Algunas veces comía con gran ceremonia y á la europea: entonces usaba vagilla de oro y plata, y sus criados la servían de rodillas, según el ceremonial de las cortes de España y Portugal, pero esto lo hacía muy raras veces.

No tenía coches porque en Mataba y Angola no hay ni caballos ni mulas (1). En vez de caballos, tenía esclavos

robustos que se mantenían en casas particulares bajo la dirección de un superintendente. Sirvense de ellos como de caballos. La actividad de estos hombres es tal que algunas veces andan veinte y cinco leguas en un día con cargas pesadas.

Esta relación que es fiel, puede suministrar profundas reflexiones á los que atacan á los blancos con tanta acritud por la manera con que tratan á los negros en sus casas.... Jamás les han hecho sufrir esa humillación y esa degradación de embrutecimiento; que agreguen á esto el horror de las supersticiones gigas, y seguramente los negros no echarían de menos á su patria africana.

Sucedió á Zinga, su hermana, la princesa Cambo (doña Bárbara). En vano pusieron en sus manos el arco y las flechas y el venablo como señal de la regia autoridad. Al perder á Zinga, el reino de Angola perdió una gran soberana que no podía ser reemplazada. Cambo era débil, ciega y además estaba casada con un miserable que, aunque cristiano, no tardó en introducir entre aquel pueblo las ceremonias impías que Zinga había logrado destruir á costa de tanto trabajo. Nacida en Europa Zinga, hubiera sido una Cristina ó una Isabel.

ESTUDIOS DE VIAGES.

UN SUEÑO.

CAPITULO I.

Refrigerio de despedida.

—Señores, propongo un brindis fantástico por nuestro huésped anfitrión el príncipe Pokiloff.

—Señores, denuncio al preopinante Rafael Destré, poeta lírico y dramático, como perdidamente borracho!

—Propongo mi brindis al príncipe, llenad vuestros vasos.

—¡Viva el príncipe!

—¡Viva nuestro amigo!

—¡Viva Pokiloff!

—¡Viva todo!

Toda esta hermosa lógica se desplegaba en una divertida noche del invierno de 183.... entre once y doce de la noche al rededor de una mesa servida con un lujo y un gusto asiáticos, en un hermoso palacio de la calle de Rivoli. Los actores de aquella graciosa escena eran cinco buenos mozos, cuatro de ellos franceses por nacimiento y por lo demás, y el quinto, ruso nada más que por nacimiento. El tal ruso era en verdad hombre de gran corazón, de buen talento y de un carácter bellísimo. Aunque muy joven aun, había viajado mucho y de consiguiente aprendido mucho, y entre sus habilidades tenía la no común de gastar bien magníficas rentas.

En el momento en que introducimos en escena al príncipe Pablo Pokiloff había venido á pasar el carnaval en París, y al otro día era preciso que se pusiese en camino para Rusia que ya deseaba ver á pesar de los encantos sin fin de nuestra metrópoli; tan cierto es que el suelo natal tiene una fuerza de atracción, las mas veces irresistible! En sus viajes á París se había grangeado

Pokiloff muchos amigos ó al menos muchos compañeros de diversion, que se llamaban tales. Pero en verdad que este príncipe reunía todo género de dicha; porque al cabo había encontrado cuatro amigos verdaderos ¡ahí es una friolera! los conservaba hasta después de haberles prestado dinero! Repito que era afortunado en todo. Estos cuatro amigos eran los alegres locos que acabamos de oír disparatar tan maravillosamente. He aquí su retrato.

Rafael, el poeta, es un lozano y apacible joven de veinte años: sí, tiene poco más ó menos esa edad de indecisión, en que su alma poética quisiera recorrer todos los caminos del arte. Así es que Rafael ha hecho hasta aquí con igual ardor versos, novelas, dramas, comedias, folletines y vaudevilles. En nada es completo pero se le conoce la inspiración y se prevé que el día en que fije su rumbo dejará señalado gloriosamente el nombre de Rafael.

Si me preguntáis más, añadiré que tiene mediana estatura, que sus cabellos son castaños y sedosos, sus ojos de azul oscuro, su boca de rosa algo marchita y sus manos de formas suaves y delicadas.

Gilberto, el pintor de historia, tiene ya sus veinte y ocho años: es un talento en toda su fuerza; no es discípulo de ningún maestro: su pincel es atrevido, original, abrasador. Tiene valor acreditado y una perseverancia capaz de cansar á la misma suerte: bajo un exterior de hierro, oculta un corazón sensible y generoso. Es robusto y de buena estatura; su voz vibrante, cabellos y ojos negros, cara morena: hé aquí á Gilberto por dentro y por fuera.

Ovidio ha sido poeta y pintor y escultor y todo lo que no es del oficio. Ha tenido triunfos y reveses, reveses muy pocos. Por lo demás goza de una renta bastante buena y no esta muy mal avenido con la vida. No tiene nada de hermoso y sin embargo dicen de él: «Es un hombre encantador». Sus amigos le quieren con exceso.

Por último, Próspero en nada se parece á los demás;

(1) Solo algunos portugueses tienen por vía de lujo mulas en Moanda.

nunca brilló en parte alguna y probablemente no brillará jamás. Es arrogante mozo, de modales elegantes, con un buen caudal, pero que desgraciadamente nada ha aprendido y ha pasado su vida ocioso; esto le hace infeliz y a pesar de eso no le dá la bastante fuerza para entregarse á un estudio serio, el mejor remedio contra el fastidio. Próspero es uno de esos hombres que por la mañana, cuando se levantan, quisieran que hubiera llegado ya la noche: que no tienen recuerdos ni esperanzas, que persiguen los placeres sin encontrar nunca el placer, que envidia el vulgo y que compadece el hombre inteligente. Lo que hace que Próspero no sea totalmente nulo es su buen corazón, nunca desmentido, y su estremada complacencia en sus amigos.

Al cabo de algunos instantes de un silencio, causado por la llegada de un soberbio plato de merengues, continúa Pokiloff:

—Amigos, mis buenos amigos, ya sabéis que os dejo mañana. Esta cena quizá es la última que hacemos juntos: ¡la vida tiene tantos azares! Si queréis creerme guardemos nuestra razón para cuando nos despidamos. Me entendéis ¿no es verdad? Después, cuando nos acordemos vosotros de mí y yo de vosotros, tendremos solo una confusa idea de los momentos que hayamos pasado juntos. Esto sería triste para nosotros, amigos.

—Amados oyentes míos, dijo Rafael un poco trastornado, pero que sin embargo había sentido vivamente lo que Pablo acababa de decir, monseñor acaba de enunciar ahora una gran verdad. ¡Ese querido Pablo! pensar que mañana á estas horas estará ya lejos de nosotros, él, alma de nuestras reuniones: ¡me aflige solo el pensarlo!

Y todos tendieron las manos al buen Pokiloff. En aquel momento ninguno tenía las lágrimas en los ojos, todos las tenían en el corazón.

—No os aflijais por eso, compañeros míos: dentro de un año estaré de vuelta en París. Hoy estamos á veinte y siete de febrero; ¡pues bien! el carnaval que viene me volveréis á ver.

—¡Un año, objetó Próspero, es una eternidad!

—Lo cierto es, que para mí va á ser este año atrozmente largo! dijo Ovidio.

—¡Un año! añadió Gilberto; antes me morire yo de impaciencia.

—Para mí suspiró Rafael, ese año es la eternidad.

—Pero por Dios! señores ¿que es lo que va á hacer que ese año os parezca tan largo? Vamos ¿es que tiene apuros de dinero alguno de vosotros? hablád: ¿es otra cosa que yo pueda remediar? decidmelo.

—¡Ah! tú no puedes hacer nada por mí, dijo Rafael, sabes que á pesar de mis largos trabajos no he podido tener el gusto de ver representar una comedia mía: ayer recibieron mi *Muger filósofo* en el teatro francés: pero me dijeron al mismo tiempo que tardaría un año en representarse. ¡Qué triste voy á vivir hasta entonces!

—Juzga de mi impaciencia, Pablo, al saber que dentro de un año estará aquí de vuelta de Nueva York mi hermano Edmund. ¡hermano mío! once años hace que no le he visto!

—Y entonces, qué alegría, Gilberto ¿no es verdad? dijo el príncipe.

—Pues hacedos cargo, dijo Ovidio, de lo que es, amar, ser amado y esperar todo un año para casarse. Eso me está pasando á mí, señores: los padres de mi hermosa Bladina me han aceptado por yerno; pero asuntos de familia hacen que se suspenda el casamiento todo ese tiempo.

—Y á ti, Próspero, ¿qué te hace desear tanto el próximo invierno?

—¿A mí? el que haya pasado un año mas: ¡son tan largos los días!

—Señores, exclamó el príncipe riéndose interiormente de una idea que acababa de ocurrirle: vamos á beber.

—Pues ¿y lo que nos encargabas hace poco?

—¡Olvidadlo y bebed: aquí hay vinos de España que tienen mil virtudes. Vamos, acercadme vuestros vasos y anegad esos pensamientos sombríos: amigos, la vida reales triste: feliz el que sabe forjarse una delusiones y soñar despierto: ese es un sabio, creedme. Gozar es vivir, que el principio de esta vida es el placer. Gocémosle, pues, hasta la locura, que los mas locos son los mas cuerdos.

—¡Tiene razón! bebamos.

Aldar las dos, solo el príncipe estaba despierto y en pie. Miraba con gusto á sus cuatro compañeros que dormían estrepitosamente en posturas originales.

—Está bien, dijo.

CAPITULO II.

A seiscientas leguas de París.

Veinte dias despues de aquellas escenas de locura se paraba en una fonda de la ciudad de Sareita en el gobierno de Saratof, entre el Don y el Volga, una silla de posta, notable por la solidez de su construccion y cerrada cuidadosamente por fuera por medio de un candado. Algunas horas antes acababa de llegar otra silla al mismo parador. Se habia apeado un hombre alto, de modales elegantes y despues de dar algunas órdenes se puso á la ventana. Cuando vió pararse el segundo carruaje dejó su punto de observación y el mismo fué á abrir la portezuela, cerrada con candado. Echáronse á tierra cuatro jóvenes, y reconociendo al hombre que los sacaba de aquella especie de cárcel ambulante se encolerizaron de una manera horrible y se oyeron salir de su boca casi simultáneamente estas poco pacíficas exclamaciones:

—¡Cobarde!

—Oh, ¡tú te batirás!

—¡Vil cosaco!

—¡Ya puedes defenderte!

—Vamos, señores ¡un poco de paciencia: qué diablo!

—No os pongais en ridículo delante de las gentes y seguidme.

Supongo, lector, que has reconocido los cinco amigos de la otra noche ¿no es así?

—Rechinando los dientes y crispando los puños siguieron los cuatro viajeros á Pokiloff á un cuarto amueblado mas á estilo de París que de Londres, y en medio del cual habia una mesa perfectamente cubierta como para burlar su cólera.

—Señores, dijo el príncipe, tomad asiento, que supongo no queréis matarme en ayunas.

—¡Se está burlando de nosotros!

—Vamos, señores, no estéis tan enfadados; si supiérais lo feos que parecéis con vuestras barbas de veinte y tres dias, trabajo os habia de costar el no reiros.

Miráronse los cuatro amigos y no se encontraron mutuamente muy bonitos.

—¡Pero en donde diablos estamos! preguntó Ovidio, cuya cólera se habia apaciguado á la vista de la mesa.

—¿Donde estáis? Señores, á seiscientas leguas de París, á trescientas mas allá de san Petersburgo, en Sareita, Colonia de Moravos, á ciento ochenta werstas de las hordas kalmukas.

—¿Y se os puede preguntar, caballero, qué significa esta gracia demasiado pesada?

—Principiemos por sentarnos y comer; luego hablaremos de todo esto.

—Señores y desgraciados compañeros, exclamó Gilberto: declaro al príncipe Pokiloff, el hombre mas descarado del universo; pero comamos primero: que despues de haber comido nos explicará su infame conducta.

Se comió entre risas y gruñidos: despues habiendo pedido y logrado el príncipe gran silencio, comenzó así:

—Amigos míos...

—Si... ya estamos... pero en fin sigue.

—¡Amigos míos, deberíais darme gracias y besar la tierra que piso!—Cuando nuestra última entrevista en París, la noche de aquella elocuencia que os ha traído aquí, me espresásteis todos con calor el deseo de tener un año más: este año que os separaba á ti de un hermano, á ti de una esposa, á ti de un triunfo y á ti de otro año, os hubiera parecido que no acababa nunca, por el grandísimo deseo de que corriese mucho. Dadme las gracias, señores; porque voy á proporcionaros los medios de vivir sin fastidio. Os he dicho que hace algunos años ansiaba yo por volver á mi Rusia, si bien he callado una causa menos imperiosa, pero también importante que me llama á este país. Tengo encargo de mi gobierno para hacer un estado exacto de la situación actual de los pueblos kalmukos y voy á pasar diez meses entre ellos: como no pienso divertirme mucho en ese tiempo he creído que era buena ocurrencia y sobre todo agradable para vosotros y para mí, en no separarnos. Me resta vencer vuestra irresolución: el uno no hubiera querido dejar su novia, el otro sus cuadros, el otro sus comedias, el otro su París. Suponiendo que hubiéseis consentido, habríais tratado de hacer preparativos y de despediros de cuantos allí conocéis: yo no podía detener mi marcha una hora: mientras vosotros saboreabais los vinos de España os dejé un instante y di mis órdenes. Cuando volví os di vinos preparados químicamente: esto os proporcionó primero un sueño profundo, después un letargo profundo en que quedabais sin fuerza ni voluntad; me hacía dueño de vosotros y me facilitaba realizar mis proyectos; os encerré en mi silla de posta. Supongo que os han cuidado bien allí. Solo hace dos días que estais curados y teneis la conciencia de vuestra situación; así es que estos dos días ha costado muchísimo el conservaros encerrados en la jaula. En una palabra, ya estais aquí. No me dejéis y dentro de diez meses os restituyo á París. Sin embargo si alguno echa de menos su capital, lo bastante para no poder aguantar tanto tiempo, que lo diga; todo lo que yo tengo está á su servicio: es dueño de partir; mas es, le regalo mi silla de posta en memoria de nuestros viajes.

—Buen loco sería yo, dijo Rafael en volver á ese prosaico París: debe de haber por estos países una poesía salvaje de que quiero penetrarme.

—Un pintor está bien en todas partes, es el amante titular de la naturaleza: nada hay que puede escaparse á su pincel: yo me quedo.

—Oh amigos míos, mucho quiero á mi Blandina, pero pronto será mi muger y no siempre tendré yo ocasión de ver á los kalmukos. Me quedo y ¡tú, Próspero!

—Yo no me separo de vosotros.

—¡Bien! bravo! señores: amigos míos, me volveis vuestra amistad. ¿Veis como todo está en entenderse? ¿Y si me hubiérais muerto? Vamos, vamos, ¡viva! ya no nos separaremos. Mañana principiarnos nuestras correrías: esta noche, ¡viva la broma!

CAPITULO III.

Espediciones.

Al siguiente día se dirigieron los jóvenes á las chozas Kalmukas; pero á siete werstas de Sarefta se detuvieron para visitar la fuente que lleva el nombre de aquella ciudad. La fuente de Sarefta está situada en un parage muy pintoresco: una inmensa llanura se estiende sobre la cadena de colinas que la rodean y descubre parte del Volga que corre á lo lejos. A la distancia de doce werstas se vé la fortaleza de Jaritzá sobre el Volga. Los riachuelos que serpentean por la falda de la montaña están cubiertos por la sombra de manzanos silvestres, encinas y otros árboles.

El manantial que surte la fuente es muy abundante:

tiene otros diez y seis manantiales pequeños que saltan á su alrededor. Se ha visto por medio de varios ensayos que aquellas aguas no ceden en cualidades minerales á las de Carlsbad, con todo han disminuido de algunos años á esta parte las romerías á la fuente Sarefta. Muchas causas contribuyen á este olvido de los estrangeros: en primer lugar la molestia de andar siete werstas desde Sarefta, y en segundo el acabarse de descubrir la fuente del Cáucaso. Además los rusos por lo comun desprecian lo que produce su país. La mejor prueba que puede darse de la bondad de las aguas de aquella fuente, es el gran uso que hacen de ella los habitantes.

Al dejar los árboles que rodean á Sarefta encontré la carabana á los pocos instantes en medio de una inmensa llanura en que solo se veían el cielo y la hermosa campiña.

Puede compararse el país de los kalmukos á un vasto mar en que sirve de brújula el ojo penetrante de los moradores. Concíbese una estension de cuatrocientas werstas, desde donde apenas se descubre un corto numero de habitaciones á las orillas de algunos rios. Aquella misma comarca está enteramente sin árboles: no se ven allí mas que algunos arbustos, colinas y pantanos y solo á un kalmuko puede servir de guías tales señas, cuya misma regularidad confunde al estrangero. El kalmuko nómade, sin fijarse en la menor huella del camino y hasta sin prestar atención, conduce sus caballos y camellos por varios centenares de werstas, como dirigiría un piloto su navio.

Al atravesar la llanura, departiendo alegremente acerca de las cosas desconocidas que les llamaba la atención, dijo el príncipe á sus compañeros:

—¿Sin duda ignorais, señores, el origen de la palabra kalmuko? Esenchadme y os lo diré: Los kalmukos se llamaban Eulentes; pero este nombre ha caído entre ellos tan en desuso que solo le conocen los eruditos. Ellos se llaman á sí mismos Chalmukos, por que no pueden pronunciar de otro modo, y Strablemberg hace derivar este nombre de la palabra tartaro-rusa *Kalbak* (gorro). ¿Porqué? ¿por qué los kalmukos llevan siempre gorro? Pero también le llevan los tártaros y otros muchos pueblos. Es mucho mas probable que esta palabra venga de khalimak. El mismo Abulhasi parece confirmar nuestra opinion llamando á ese pueblo khalimaka; segun esta espresion tartara, la palabra kalmuko significa ó infiel ó derivado. ¿Cuál de las dos significaciones debe adoptarse? todos están por la última y encuentran así ocasión de explicar que al separarse este pueblo de los comarcanos, conservó la raíz de su origen y recibió el nombre de Khalimak, ó su derivado Kalmuko. Esta opinion se vé apoyada en los antiguos libros mogoles donde se hace mención de una gran tribu del pueblo Kalmuko, parte de la cual se habia establecido al principio en las cercanías del Thibet, mientras la otra se retiró hácia el Este, donde acaba por confundirse con otros pueblos vecinos del Cáucaso.

Al concluir el príncipe su discurso hizo reparar á sus oyentes en un kalmuko, que en un hermoso caballo se adelantaba hácia ellos con gran velocidad: cuando ya estuvo cerca:

—Mirad, amigos míos, dijo el príncipe: ahí teneis un hermoso tipo de la raza que vamos á ver: ese es un verdadero kalmuko.

—Si, dijo Ovidio, si, ese hombre cuya cabeza alumbraba tan bien el sol en este momento, es de la raza que yo llamo la variedad mogol, raza de hombres que ocupan casi todo el Este y una parte del Norte del Asia. Si, eso es: la tez de un color de hollín claro, los cabellos negros y ralos, la cara aplastada, ancho de juanetes, estrecho de barba, los ojos separados, la nariz poco pronunciada, las orejas grandes y desprendidas, las quijadas salientes, la cabeza cuadrangular. En tal figura, la barba estrecha y las quijadas salientes, serían signos fisio-

mónicos de perversidad si aquellos ojos separados y aquellos anchos juanetes no significasen lo contrario, de donde acaso podía inferir un apasionado de Labater, que había allí dentro tanto de bondad como maldad. Esta especie de hombres tienen además por lo común la parte superior de la cabeza bastante desenvuelta cuyo indicio de veneración pudiera explicar, en mi concepto, la tendencia de los pueblos asiáticos á forjarse muchos dioses en sus religiones idólatras para satisfacer su necesidad de adorar.

El kalmuko había llegado hácia ellos. Hizole Pokiloff una señal y detuvo su caballo; paró el tártaro el suyo y los cuatro franceses hicieron alto á su voz, á algunos pasos del príncipe, que hablaba el kalmuko en idioma

rudo y gutural. Pronto vieron á Pokiloff en marcha con el tártaro á su lado y le oyeron gritar.

—Amigos, ya tenemos un guía: Ubachii nos conducirá. Lo he arreglado con él, y á la verdad que nos será muy útil porque acaba de decirme que ya estábamos en el camino mas largo para llegar á las moradas de sus hermanos: dejémosle que nos guíe.

Se puso el kalmuko á la cabeza de la caravana y tan bien la dirigió, que al anoecer se encontró á la vista de las chozas de una horda que acampaba á la orilla de un ancho riachuelo.

—Señores, exclamó Rafael, señores, os suplico os detengais un momento: dejadme contemplar un rato el aspecto de ese pueblo nómada. Todas esas chozas me re-



cuerdan las viviendas de los castores: ¡cuanto mas me gusta todo eso que la calle de Rechelieu! ¡Qué hermoso es y qué raro!

También Gilberto se había detenido y en un album, todavía virgen, bosquejaba con grandes rasgos de lapiz la copia del pais salvaje que se ofrecia á sus ojos.

—¡Oh, oh! dijo Ovidio: ved que caballos de tanto mérito: ya entablaremos relaciones con esos guapos.

Admirado Próspero de lo que veía paseaba continuamente sus miradas, de sus amigos á las chozas, ó de las chozas á sus amigos, y repetía con un tanto de envidia.

—Cualquiera diria que están contentos de veras, que se divierten. ¿Cuándo me divertiré yo un poco? La cabaña de un kalmuko se parece á una gran quilla redonda que parece apoyada en dos cilindros de madera, de tres ó cuatro pies de alto: la circunferencia es de seis á ocho toesas. La armadura consiste en una especie de enrejado

de madera, por la parte baja, y por la alta en una ensambladura de estacas puestas oblicuamente y reunidas en el vértice por una especie de corona á que están sujetas. Por fuera están cubiertas las chozas de un fieltro asegurado con fuertes cordones hechos de pelo de camello. Cuando se enciende lumbre se contentan con alzar la cubierta de fieltro que está en la corona superior para dejar paso libre al humo.

Se necesita haber visto semejantes chozas para formarse una idea exacta de su construcción. Resisten á la lluvia y á las tempestades mas violentas. En invierno son mas calidas y en verano defienden mejor del sol que las tiendas de campaña de nuestros soldados. No pasando nunca de una semana la residencia de los kalmukos nómadas en el mismo sitio, no podian inventar cosa mas cómoda que sus cabañas, que desarmar y conducen facilmente sobre camellos.

Imitando á la naturaleza es como los kalmukos debieron imaginar habitaciones cubiertas de fieltro. Su vida errante por aquellos lugares en que escasea la madera, impidió á aquellos nómadas el abrir cavidades cómodas á ejemplo de otros pueblos ó construir cabañas con maleza y estacas. Puede que á alguno cansado de dormir á cielo raso, se le ocurriese la idea de hacer con lana de sus ovejas una especie de choza, á semejanza del nido tan comun en aquel país del pájaro llamado *remes-rojel*. Este notable pájaro prepara con cierta lana una especie de saco largo que ata con tanto arte á las ramitas, que ni el viento ni las tempestades pueden hacer daño á su flotante morada. Este parece el método seguido por los abuelos de los kalmukos para formar las chozas, que con el tiempo se perfeccionaron é hicieron mas sólidas por medio de piezas de madera. No pudiendo los kalmukos fijar sus viviendas mas que en tierra, tuvieron que apartarse del modelo que habian escogido y las hicieron en sentido contrario poniendo la entrada de la cabaña en la parte baja. Es tan notable la semejanza entre estos nidos y las chozas, tanto por la hechura como por el material, que ni aun puede admitirse como argumento contra esta hipótesis la corta diferencia que hay en su posición.

Las tiendas kalmukas que pertenecen á una horda ó gran division de aquel pueblo nómada, están bastante apartadas unas de otras á fin de procurar mas cómodos sitios á sus numerosos rebaños. Las principales secciones en una horda son la del príncipe, la de los sacerdotes y la del mercado, que en lengua kalmuka, lo mismo que en rusa y tártara, se designa con el nombre de *bazar*. Al rededor de estas tres divisiones están las chozas comunes, que no se diferencian de las de los personajes mas distinguidos sino en que son algo mas pequeñas, ó mas sucias.

CAPITULO IV.

Gobierno pintoresco.—El estatuario.

Algunos dias despues de su llegada fueron los viajeros á la cabaña de justicia, donde estaba el príncipe; era indispensable este paso para alcanzar su proteccion todo el tiempo que pasasen en *sus estados*: ademas era una coyuntura de estudiar las costumbres kalmukas en todas sus variedades, y los parisienses se habian propuesto no dejar perder una. Hallaron, pues, al Vice-Khan sentado como de costumbre con las piernas cruzadas frente de la puerta y alzado sobre almohadones de fieltro y de alfombra: sus dos hijos mayores estaban sentados á su derecha: tenían delante unas orteras llenas de carne. Se indicó á los viajeros en un rincon de la choza cogines hechos con fundas de fieltro, haciéndoles señal de que se sentáran. Obedecieron sin que se lo dijeran segunda vez. Entonces principió una larga conversacion entre el Vice-Khan y Pokiloff que parecia conocer perfectamente la lengua kalmuka. Mientras el dialogo, en que advirtieron nuestros amigos que se trataba de ellos, observaron á su gusto la habitacion y los que en ella habia.

Les pareció el príncipe kalmuko de unos cuarenta años cerca: su fisonomía era hermosa, traía vestido de seda y estaba con su rosario en la mano. Aun hablando con Pokiloff parecia que continuaba sus rezos mentalmente, dando vueltas en los dedos con mucha prisa las cuentas de que se componia el rosario. Habia en la choza dos cajas, una máquina kalmuka para el dinero; y una larga estaca clavada en el suelo llena de ramitas cortas para colgar allí los gorros. Sobre una especie de mesa, en forma de altar, se veían varias copas de ofrenda, y encima colgadas varias imágenes de dioses. Frente de aquella mesa estaba la princesa sobre un asiento alto, cubierto de seda, rodeada de sacerdotes. Acabada la conversacion del Vice-Khan y del príncipe se tomó el té.

Les habian traído una gran vagilla de hierro que pusieron sobre un pié de madera. Cuando se dió la señal, los ghellungs ó sacerdotes que estaban presentes sacaron su copa del lienzo que la envolvía, y el que habia hecho el té despues de haber ofrecido la primera copa á los dioses, llenó la de los sacerdotes, y luego la de la princesa, antes de probarlo hizo cada uno una corta oracion: nuestros franceses se inclinaron por no disgustar al poder.

Luego que se hubo tomado el té, cada uno se retiró silenciosamente. Así acabó la solemne presentacion de los viajeros al príncipe.

El té significa mucho en la vida de los tártaros, y difícilmente se privarian de él. Otra bebida de que tambien hacen mucho uso es el *tchigan*, leche de yegua, que tiene en sí algo de embriagador; sobre todo los sacerdotes beben mucha. Mas la bebida ordinaria es agua sacada de estanques ó cisternas que á nuestros parisienses les era imposible beber. El alimento mas comun es de vacas, ovejas y caballo, que se asan enteros en un enorme monton de cisco de estiércol ó se cuecen en enormes calderas.

Si hubiera de calcularse el mérito de una religion por los actos de sus ministros, mala idea se formaria de la de los kalmukos. Sus sacerdotes eran los hombres que mas se acercaban á la bestia en su voracidad, que vieron nunca nuestros cinco amigos. Bebian á proporcion.

La religion de aquellos pueblos es una de las numerosas ramas del Islamismo. Considerable es el número de sus dioses, y el culto que se les tributa carece de reglas fijas.

Los sacerdotes kalmukos se dividen en tres clases. La inferior se compone de jóvenes eclesiásticos que se llaman *manchis*, la media comprende la reunion de sacerdotes de un órden inferior llamados *ghitzull*; la clase superior se compone de ghellungs. Ademas de esto cada órden tiene un sacerdote de grado mas eminente que se llama *lama*. Las fiestas religiosas son muchas. Una de las mas importantes es la de Úrus, que celebra la renovacion del año y durante la cual nombra el lama los nuevos sacerdotes. No deben contraer matrimonio; pero si no se cuidan de la estimacion de los otros sacerdotes, pueden tomar una concubina y entonces se retiran con algunos parientes ó amigos á un lugar apartado, donde egieren la medicina y la ciencia de los agüeros.

El sitio en que se construyen las cabañas de los sacerdotes y que se llama la *khurull*, está siempre próximo al *oergueu* ó palacio del príncipe, y consiste en varias chozas que no se distinguen de las demas sino en la mejor cubierta de fieltro. Están aisladas á alguna distancia unas de otras y describen una línea ovalada que parece ocupar el espacio de dos werstas en la *khurull*. En el punto interior vacio es donde se ven las chozas destinadas á la oracion.

Cuando fueron los viajeros admitidos á visitar el gran lama encontraron allí gran número de sacerdotes, que puestos delante del altar de Burkhan tocaban una música bastante monótona. Uno de los sacerdotes mas distinguidos, colocado á la izquierda del altar, parecia dirigir aquella música con una campanilla que tenía en la mano. Los otros sacerdotes tenían varios instrumentos que llaman el *buré*, el *bischkurr*, el *gangdoun*, el *kengherhué* y el *tsilang*.

El *buré* tiene la forma de un tubo de tres anas de largo: es de metal y compuesto de tres trozos que se adaptan exactamente el uno al otro. En cuanto al sonido se le puede comparar con el del sacabuche ó de la bocina.

El *bischkurr* es una especie de flauta: la pieza de enmedio es de madera dura ó de hueso; la embocadura y el resto es parte de cobre y parte de hoja de lata: tiene de largo casi una ana.

El *gangdoun* es una trompeta de hierro batido ó de latón, que los *kenghergistas* emplean alternativamente con el *kengherhué*.

Este es una especie particular de tambor, cubierto de pergamino de un lado á otro. Los dos lados que son chatos, están á corta distancia uno de otro. Su circunferencia es casi la misma que la de los tambores comunes. Se lleva á cierta altura sobre un palo y se toca con un mazo en forma de cabeza de dragon.

El *tsilang* es una especie de platillos que tienen en medio la forma de una copa de sombrero. Se usan dando el uno contra el otro unas veces en toda su superficie, otras solo en la mitad y alguna en las orillas.

Figuraos el ruido que se arma cuando tocan en diversas cabañas todos estos instrumentos á la vez. Cuando hay fiestas, dura esta música algunas horas de la mañana y de la noche. En las pausas de la oracion sirvieron leche aceda (*ichigan*): los mismos sacerdotes salieron para tomar aquella bebida, y descansar un poco de aquella larga session. El principe Pokiloff y sus amigos tuvieron que sorberse tambien buenos tragos de aquella maldita bebida, para no echarlo á perder con los sacerdotes; en recompensa los condujo un *ghellung* viejo, á un altar sobre el cual estaban las imágenes de los dioses, y despues de haberles recomendado que tuvieran los sombreros en la

boca para que su aliento no profanase su divinidad, tuvo á bien declinarles sus nombres, todos á cual mas fáciles de pronunciar. Los principales eran *Dchakdchamuni*, el mayor de todos los dioses, despues *Yaman*, *Dagos Ok-in-Teugheri*, *Tsagaan-Dara-Eki*, *Nojon-Dara Eki*, *Nidomber*, *Vauktchi*, *Medari*, *Mansachari*, *Erlins*, *Khan* y otros mas.

Las imágenes de estos dioses suelen estar pintados en lienzos amarillos. Gilberto pintó varias con gran satisfacion de los fieles. Otros dioses hay á quienes se houra mas. Sus estatuas eran de bronce fundidas en algunas ciudades de la Rusia europea y estaban lo bastante bien ejecutadas para que Ovidio felicitase al *ghellung*. Habia otros dioses simplemente de tierra que los hacian los mismos sacerdotes con admirable habilidad.

Muchas veces fué Próspero testigo de aquella fabricacion de divinidades, el pobre jóven que habia esperado disipar su eterno fastidio en aquel viage, seguia fastidiándose, y al ver á Gilberto, Rafael, Ovidio y Pablo llevar la vida con su acostumbrada indiferencia, maldecia la suerte que habiéndole dado al parecer los elementos de felicidad le hacia tan infeliz.



Sucedió un día que estando el fastidiado Próspero viendo como un manchdchi reproducia una imagen del dios Medari, se le ocurrió la idea de imitar el trabajo del jóven sacerdote; halló el barro mas dócil en sus manos de lo que habia creído y en muy poco tiempo consiguió darle una forma humana, mas correcta que la dada por el manchdchi á su Medari.

Cuando vieron la obra los compañeros de Próspero se burlaron por lo que tenia de grotesco; pero con talento y buena intencion. Picado un tanto el aprendiz de estatuario, resolvió tomarse mas tiempo y hacer algo que se prestase menos á la critica. Algunos dias despues fué á buscar á su cabaña á un anciano *ghellung*, á quien se habia encargado el insigne honor de crear una nueva estatua del gran *Dchakdchamuni*. Al presentarle su bosquejo de *Medari* le pidió lecciones y consejos, diciéndole (lisonja omnipotente con los sacerdotes kalmukos) que le parecia tan admirable la religion lamista, que él tendria por una suprema felicidad el poder reproducir dignamente las imágenes de sus dioses. Enternecióse el anciano *ghellung* al oír esta declaracion; consintió con alegría en enseñar á Próspero cuanto supiese en el arte. Apro-

vechando el aprendiz las lecciones que recibia y los principios que el gusto le inspiraba, pronto pudo ofrecer al examen de sus amigos un dios bastante bien hecho. Por aquella vez solo recibió parabienes y desde entonces no se volvió á fastidiar mas.

CAPITULO V.

Baja Justicia.—Grandes fiestas.

A poco tiempo se alejó la horda de las orillas del Don, para acampar en las del Kuma. En un instante se desarmaron y cargaron en camellos todas las tiendas. Al tercer día de haber marchado de las márgenes del Don, se establecieron en una fresca y verde campiña.

Entre los kalmukos se administra justicia por el principe en persona, asistido de sus *sargatchi*. Mientras residió en las poblaciones el principe con sus compañeros, tuvieron ocasion de asistir á una solemne audiencia presidida por el Vice-Khan en la cabaña de justicia.

Sentado que se hubo el principe, los *sargatchi* que entraban, se acercaron á él uno tras de otro, doblaron la

rodilla derecha, inclinando el cuerpo, y tocaron con la mano derecha el brazo izquierdo del príncipe, lo que es entre ellos señal de respeto y de saludo. El príncipe tocaba también la mano del sargatchi que después se alejaba retrocediendo y se sentaba.

Desde tiempo inmemorial tienen los príncipes kalmukos y mogoles este consejo particular (*sarga*) (1) que sin embargo no puede nunca hacer oposición á su poder, como quiera que el jefe del consejo tiene la facultad de deponer los miembros á su antojo. Los deberes de los *sargatchi* ó miembros del consejo, han sido siempre, como hoy, ocuparse de los asuntos del pueblo con el jefe. La *sarga* se compone de ocho miembros. Hacia el año 1761 habiendo sido nombrado Ubacha sucesor de Kan Donduk Dachi, el gobernador ruso tuvo á bien poner trabas al poder de aquel príncipe, decidiendo que los *sargatchi* estarían adictos al consejo de negocios extranjeros, y á fin de unirlos mas á los intereses de la Rusia, se les concedió un sueldo anual de cien rublos.

Cuando los kalmukos tienen que prestar juramento se cuelga en la cabaña de justicia una imagen que por lo comun representa el dios del tiempo (*Otchirbani*).

La práctica exige que el demandante perjudicado en su derecho, por aquel contra quien se dirige la queja, encargue á otro la prestación del juramento que en general se confía á un sacerdote, disposicion muy bien entendida, si reflexionamos bien en las bases de la religion kalmuka. Un criminal no teme cometer un crimen mas y el hombre que no teme atacar la propiedad de los otros, tampoco respetará la santidad del juramento: un ladrón y un asesino, maldito el escrúpulo que tendrán de jurar en falso. Para evitarlo manda la ley de los mogoles, que el que se querrela haga justificar su queja por medio de juramento sin que pueda justificarse aquel á quien se demanda. Con todo, esta costumbre tiene ciertos abusos. Entre los kalmukos no se suele jurar sino en cuestiones de dinero y la fórmula depende del importe de la deuda. Las de menor cuantía exigen pocas ceremonias: para las de mayor son necesarias algunas otras. El juramento que vieron prestar los viajeros era por una demanda de seis rublos. Unos cuantos sacerdotes y legos estaban sentados en dos filas que partían de la cabaña: á cierta distancia se quemaba estiércol seco para poder encender una linterna cuando comenzase la ceremonia. Los acusadores y acusados se hallaban aun en la *sarga* del príncipe, donde se hacia por concluir el asunto sin llegar al juramento.

Por último aparecieron acusados y acusadores, seguidos de numerosa comitiva. Continuó su discusion hasta que estuvieron á presencia de la imagen y aun algun tiempo después, cerca de ella. Al fin el que prestaba el juramento se echó tres veces á tierra, pronunciando delante de los *Otchirbani* expresiones que no pudieron entender nuestros franceses: se adelantó en seguida hacia la imagen y la tocó en la frente. Los asistentes kalmukos hicieron otro tanto por espíritu de religion: se bajó la imagen y se separó la asamblea.

Las tres grandes fiestas principales de los kalmukos son: el *urus*, que se celebra al principio del año, y que no habian podido ver nuestros europeos; el *zaganu*, que significa fiesta blanca, y se celebra en el mes primero de la primavera, y la *sulla* ó fiesta de las lámparas, que se hace á fines del otoño. Sobre todo estas dos últimas fiestas son extraordinarias.

Algunos dias antes de principiar el *zaganu* se oyeron los instrumentos de la *kurull*, familiares ya á los oídos de los cinco amigos, á pesar de que el esesivo frio de entonces obligaba á los sacerdotes á encender lumbre en las cabañas de oracion, con tanto mas motivo, cuanto que allí se estaba sentado sin gorro ni guantes. Se ador-

naron aquellas chozas interiormente con cortinas de seda y en los altares se veían copas de ofrenda, la mayor parte llenas de figuras de masa: al lado de las copas se pusieron pedazos de masa mayores, llenos de manteca y formando piramides: tenia tambien el altar sobervias colgaduras.

La fiesta del *zaganu* se instituyó en honor de una victoria alcanzada por *Dehakdchamuni* contra seis falsos doctores, con quienes tuvo que combatir una semana entera. Durante aquel tiempo de plegarias reinó un silencio perfecto en las chozas de los kalmukos, y los devotos se fueron á la *kurull* para decir allí sus rezos. Lo mismo hicieron el Vice Khan y su esposa.

Los sacerdotes celebraron con cánticos y juegos la noche del último dia consagrado á la oracion, que es la última del tercer mes del invierno: y en la mañana de la fiesta se quitó la nieve de delante de cada *kurull*. Se erigió allí una imagen de *Dehakdchamuni* cubierta por un quitasol, pero de manera que pudiese recibir el *Burkhan* los primeros rayos del sol. A uno y otro lado de la imagen habia copas con ofrendas y *balug* puestos en mesas delante de los cuales se veía en una gran escudilla un gran *balug* de manteca, cuyas lineas trazadas encima se dirigian hacia la imagen. Al salir el sol los tres sacerdotes mas distinguidos de la *kurull*, llevando una especie de platillos, se sentaron sobre el fieltro mientras otros de pié y sentados formaban un semicírculo. Los sacerdotes tenían sobre las rodillas hojas escritas en lengua tanguta. Mientras se cantaba se acercaban á la imagen grupos de kalmukos, se prosternaban ante ella, después en procesion daban vuelta á las chozas donde se reunían, y por último venían á colocarse juntos en el centro para asistir á las ceremonias religiosas. El frio era bastante porque se hacia esta ceremonia muy de mañana: y sin embargo los sacerdotes que oficiaban, tenían la cabeza descubierta y la mayor parte de los cabellos cortados al rape; mas no por eso se pudo notar que les incomodaba.

Terminada la plegaria, los sacerdotes y gran parte de los legos se trasladaron á la gran choza de reunion, á donde se llevaron la imagen de *Dehakdchamuni*, las figuras de *balug* y las copas con ofrendas. Los sacerdotes cantaron una corta oracion después de la cual se levantaron de repente y cada uno trató de acercarse á las imágenes colgadas en la cabaña para tocarlas con la frente. Lo mismo hizo la multitud, y los sacerdotes y el pueblo después de haber tocado á las imágenes retrocedían para acercarse simultaneamente diciendo: *Mendu*: el tumulto era tan grande que habia tropezones por todas partes. Los gritos de *Mendu* y los apretones de manos duraron algunos instantes, al cabo de los cuales se sentaron los sacerdotes sobre la alfombra y se trajo té y aguardiente. Al mismo tiempo se distribuyó á la asamblea pedazos de carne fiambre y después de aquel desayuno se deshizo la reunion.

Al salir de aquella ceremonia se fueron á casa del Vice-Kan que sentado con su esposa cerca del fuego recibia el saludo del *zaganu* de los que entraban: y aquella audiencia destinada á dar y recibir tal saludo, duró mas de una hora. En semejante fiesta es costumbre ir provistos de tortas, azúcar, ubas de Corinto, higos y otras frutas secas, y se hacen regalos recíprocamente mientras se dice y se responde *Mendu*. Hasta los kalmukos mas distinguidos hacen que les lleven un saco con las frutas que dan y que reciben.

Después de este recibimiento se trasladó el Vice-Kan con su esposa á la cabaña de su madre para hacerla el saludo del *zaganu*, y luego se fué á casa del Lama. Habiendo vuelto el príncipe, fué á verle el Lama á su vez y el Vice-Kan le cedió el puesto de honor. Entonces se sirvieron á los asistentes, copas llenas de vino tártaro y de aguardiente: los sacerdotes solo debían humedecer sus

(1) De la palabra *sar* que significa *mando*.

dedos; pero pocos observaban esta restriccion al paso que los otros y aun los principales *baktchi* trataban de cobrarse el tiempo de abstinencia.

El *Pristaw* y otros *kalmukos* de categoría se reunieron para comer en casa del *Vice-Kan*. Se sirvió carne y arroz frios, porque los muchos convidados y el gran frio impidieron el que se calentáran; pero las bebidas disminuyeron un poco el frio y todos fueron á su casa muy alegres.

Mientras así se divertían en las chozas del príncipe se ejecutaba en la *kurull* una ceremonia religiosa que se hace con figuras de harina y miel. Les tienen los *kalmukos* tal veneración que solo se acercan á ellas con mucho respeto y no se atreven á tocarlas con las manos desnudas; miran como un delito el aproximarles la boca á causa del aliento. No se hacen mas que para las fiestas solemnes y después que figuran en el altar se las arroja al agua. Así que se fué luego en procesion por las orillas del *Kuma* para echar las que habian servido en la fiesta del *zagaan* que acabaron medio embriagados sacerdotes y seglares, casadas y doncellas, tanto que los guardas del príncipe hubieron de estar velando al rededor de su choza.

La fiesta del *zagaan* dura desde el día primero hasta el octavo del primer mes de la primavera, y como el día primero se celebrá con mas pompa se le llama el gran día de la fiesta del *zagaan*. El segundo día se celebró en casa del primogénito del príncipe y los otros en la *kurull*. La alegría causada por las bebidas no se advertía solo en los discursos de los sacerdotes sino tambien en las danzas y en los cánticos.

A los sacerdotes les están prohibidas las danzas y canciones que no sean religiosas: mas durante la fiesta del *zagaan* aun los *baktchi* mas circunspectos no se conforman rigurosamente á este precepto. Mucho se bailó en la cabaña del príncipe, se cantó en las otras; pero en las de los sacerdotes escitándoles la embriaguez un sentimiento religioso, hacían que les llevasen las imágenes del *Burkchan* para tocarlas con su frente. El príncipe y su familia estaban presentes á la comida, y bebían con mas moderación.

El último día del *zagaan* debía celebrarse en casa del *Lama*; pero se escusó por devoción ó por economía. En cuanto á la cantida de licores bebidos en tal fiesta, baste decir que cada *kurull* compró un tonel de vino y otro de aguardiente.

Llegó la fiesta de las lámparas, tercera y última de las fiestas solemnes del año. Muchos días antes de aquel en que comienza se hacen por mañana, tarde y noche las plegarias cotidianas de la *kurull* para prepararse á la fiesta, y hay muchos instrumentos de música, mientras en las chozas particulares se celebra ese tiempo de oracion con vino tártaro y jugando á los naipes.

La fiesta trae su nombre del modo con que se celebra, es decir, encendiendo lámparas, *sulla* en *kalmuko* significa lámpara: está consagrada á festejar su nacimiento común y su disposicion es verdaderamente singular. El *kalmuko* que ha nacido la vispera, se considera aquel día como si tuviera ya un año. Llegado el día de la fiesta se entregan todos á las disposiciones de la ceremonia que se verifica por la noche cuando principian á brillar las estrellas. Las lámparas hechas de una especie de pasta se llenan de grasa, en medio de la cual se pone un tallo de la planta llamada por los botánicos, *stipa capillata*, que envuelven en algodón para que sirva de torcida. Cada familia *kalmuka* tiene una lámpara común con tantas mechas como años tienen todos los miembros de la familia reunidos: estas lámparas se ponen juntas ó separadas. Las personas de distincion hacen levantar delante de su cabaña una especie de altar llamado *deuder* que tambien se coloca muchas veces cerca de la *kurull*. Su altura suele ser la de un hombre, tres ó cuatro pasos de

largo y la mitad de ancho: están compuestos de ramas tegidas y puestas en pedazos de madera cubiertos de cesped.

Cuando se acercó la noche se juntaron los sacerdotes cerca del *deuder* de su *kurull*. Al lado de cada uno de los altares, habia un fogoncillo que rodeaban los sacerdotes esperando para encender las lámparas á que saliese de su cabaña y abriera la comitiva la familia del *Vice-Khan*. Al cabo aparecieron el príncipe y la princesa, se pusieron á la cabeza de la procesion y marcharon seguidos de una inmensa corte, mientras se paseaba tres veces, al rededor del altar en procesion y al compas de una música estrepitosa, la imagen de *Sukuda*: á cada vez se prosternaban el príncipe, su familia y todos los asistentes. El paso de la marcha caminaba al tenor de la música y habia la oscuridad mas profunda en el bosque de *Kuma* donde se celebraba la fiesta. El parage en que se alzaba el altar y en torno del cual se hacia la procesion estaba lleno de barrancos, cuevas y desigualdades que hubieran hecho imposible la marcha á cualesquiera otros que á los *kalmukos*: estos que de día tienen la vista penetrante del alcon, y de noche la del mochuelo, hicieron su marcha sin novedad. Así dió la vuelta la procesion á la *kurull* y en seguida se retiraron todos á las chozas para celebrar la fiesta bebiendo y jugando.

CAPITULO VI.

Recuerdos de París.

Mas de nueve meses eran transcurridos desde que nuestros amigos habian principiado á ver los países de los *kalmukos* y aun no conocían la mitad de las variadas y extravagantes costumbres de aquellos pueblos nómadas. Se habia pasado el tiempo mucho mas de prisa que creían estudiando sus usos originales y nuevos, incorporándose en sus viages á pesar del mal tiempo, y fortificándose para en adelante contra la intemperie de las estaciones, tomando notas acerca de lo que mas interesaba á cada uno de ellos en su arte ó en sus gustos.

El mas feliz de los cinco parecia Próspero. Todos los días consagraba algunas horas á hacer y á tallar con instrumentos groseros pero preciosos para él, figurillas en que hubiera reconocido un artista, toques vigorosos y casi inspirados del talento y acaso del genio. Llegó á copiar un día un *kalmuko* en su traje original y recibió por su obra la sencilla enhorabuena de toda la horda, y la mas inteligente y no menos sincera de sus amigos.

¿Quién me habia de decir á mí, repetía con frecuencia que me darian las primeras nociones de escultura los *kalmukos*, pueblo salvaje de quien no he tenido noticia en tanto tiempo? Buenos *kalmukos*! ¡va! si pudiera resolverme os daria un abrazo.

Por último viendo que se acercaba la época de volver á Francia tuvieron que pensar en su marcha los cinco compañeros de aventuras, aunque les quedaba mucho que estudiar en aquel país. A pesar de las pruebas algo penosas que sufrieron, no renunciaron á la idea de visitarle otra vez algún día. Próspero sobre todo, pensaba que debía hacer este viage como deuda de agradecimiento. Cuando por la mediacion de Pablo, se despidieron los franceses del *Vice-Khan* fué un día casi triste para toda la horda, ellos habian sido buenos y amables con todos: lo sintieron, principalmente el anciano *Ghellung* que habia enseñado su arte á Próspero, experimentó un verdadero pesar en separarse de su discípulo.

Muchos amigos esperaban al príncipe *Pokiloff* en su patria, la moderna capital de Rusia, le llamaban allí tambien las órdenes del gobierno para que diese cuenta de su encargo: sus compañeros que no querían dejarle, le acompañaron en su consecuencia á San Petersburgo.

Todo en la ciudad imperial parecia admirable á los

cuatro franceses: la memoria reciente de lo que acababan de pasar entre los kalmukos y la esperanza de ver á París tan en breve concurrían á hacerlo todo encantador á sus ojos. Se apearon en el palacio de su ilustre amigo á quien obsequiaron con fiestas por espacio de tres días: Rafael y Gilberto como apasionados siempre por su arte, visitaron los monumentos esparcidos en los cuarenta y dos barrios de San Petersburgo, la Academia imperial, la ciudadela, las treinta y cinco iglesias mayores, la estatua equestre de Pedro I vaciada en bronce sobre una roca de granito y de peso de tres millones, gran recuerdo de Catalina II. Los acompañaba Ovidio: como hombre de erudición y de gusto en todas las cosas daba su parecer, muchas veces importante, siempre útil. Próspero para quien la vida era mas dulce y los días menos largos desde que despuntó en él el arte de la escultura, se aprovechaba á la sazón tanto de lo que oía como de lo que miraba. El cicerone era el amable y entendido príncipe Pablo que hacía los honores de su Petersburgo con galantísima finura.

Partieron: no diré las mil locuras que hizo la divertida tropa con la alegría del regreso y con las esperanzas que cada uno tenía en París: también os ahorraré el camino: por otra parte ya no miraban nada: porque al cabo estaba París. Vieron rápidamente y sin entusiasmo á Berlín, Hannover, el Rhin y Bruselas. Después pasaron por Lille, Arras, Amiens: una noche era cuando llegaron á esta ciudad.

Tuvo entonces el príncipe Pokiloff uno de esos caprichos que ya le conocemos: se le puso en la cabeza añadir un epílogo á la comedia que acababa de representar con sus cuatro amigos y cuyo prólogo había sido el robo de París. Se había apeado en la fonda de Francia. Pablo encargó una cena espléndida y sus amigos á quienes una noche separaba del logro de sus deseos, le festejaron dignamente; para ello bebieron con una perseverancia admirable, tanto que el príncipe pudo darles vinos preparados de la misma manera que los de la noche del 27 de febrero. La misma causa produjo los mismos efectos, es decir, que llevaron á los cuatro viajeros dormidos á la silla de posta del príncipe que no los dejó esta vez, sin que ellos diesen siquiera señales de despertar.

CAPITULO VII Y ULTIMO.

El despertar.

Basta una noche para llegar de Amiens á París y una noche muy corta cuando se puede como el príncipe ruso admirar á los postillones á fuerza de generosidad. Al día siguiente de la cena paraba la silla de posta delante de la fonda de donde había salido un año antes, calle de Rivoli. No habían despertado los cuatro amigos. El príncipe pidió la habitación de la noche de la cena y habiéndola ocupado hizo poner todas las cosas en el mismo estado que al fin de aquella extravagante travesada, y después mandó que condujesen allí á sus amigos. Todo esto requirió algún tiempo. Por último al fin de la noche que siguió á la llegada de la carabana se despertaron los viajeros casi al mismo tiempo. El príncipe Pokiloff que fué quien me lo contó, me ha asegurado que aquel fué uno de los momentos mas deliciosos de su vida. Por supuesto me dijo, que se frotaron los ojos, lo menos tres veces, pues que los abrieron tan grandes como vuestra gabela.

—Veamos, amigos míos, dijo Pablo: se acerca el día y yo voy á marchar: despertad pronto que nos quedan pocos momentos de estar juntos.

Levantóse Rafael y con paso vacilante todavía fué á correr las cortinas de una ventana y volvió á sentarse

adormilado: no había hecho mas que ver las calles de Rivoli alumbradas por el gas, un inocente centinela que se soplabá los dedos, después árboles á su izquierda, y á la izquierda sobre el pabellón de Marsan una luz naciente primer rayo del día.

—¡Por San Nicolás! añadió Pokiloff, dormís admirablemente, mis queridos compañeros: si hubierais escuchado hace una hora: hacíais á cuatro un coro de ronquidos mas enérgico que el diabólico Wals de Roberto: es una idea que daría yo á Berlioz.

Las nueve de la mañana eran cuando el príncipe no había conseguido aun convencer á sus amigos de que habían soñado, ni podido ellos persuadirse de que no habían soñado.

La disputa era acalorada.

Entró un criado y todos corrieron á él.

—Amigo, exclamaron todos ¿á cuantos estamos?

—A 28 de febrero, dijo el mozo. Pero ahí teneis, señores, tres cartas que me han dicho urgían mucho, porque las personas que las llevaron á vuestra casa tenían orden de buscaros por do quiera para entregároslas.

—Dame.

—¡A ver!

—¡Trae!

Rafael, Ovidio y Gilberto abrieron sus cartas y dijeron al mismo tiempo.

—Por vida de san... bien decía yo, 28 de febrero de 183... Tenemos ya un año mas, esto no es sueño.

Rafael leyó.

«Caballero:

«El director del teatro francés tiene el honor de participaros que hoy se vá á ensayar la comedia en cinco actos y en verso de la *Muger filósofa*, de que sois autor. Se os espera en el teatro en este momento para arreglar algunas disposiciones preparatorias.

Su atento servidor, etc.

—Adios, Pablo, eres un buen autócrata, dame la mano, hasta luego, ¡que alegría!

Y Rafael salió corriendo.

Leyó Ovidio.

«Mi querido yerno, he sabido por vuestra última carta desde San Petersburgo que debíais llegar á París el 25 de este mes, estamos á 28 y no os he visto. Tengo el gusto de deciros que se zanjaron todas las dificultades. Corred pues, á abrazar á vuestra futura, y á decírnos el día en que quereis llamarla muger vuestra.

«Recibid un abrazo etc.»

—Pablo hasta luego, y se lanzó Ovidio por la escalera.

Leyó Gilberto.

«Hermano mío Gilberto: una hora hace que te estoy esperando ¿dónde andas? ven que te abraze tu Edmundo.

El pintor no pudo decir una palabra: apretó la mano de Pokiloff, como si quisiera pulverizársela, y tiró á tierra dos sillas para tomar la puerta.

—Alegres locos, dijo el príncipe, andad, no calumniéis nunca la vida. Y tu Próspero, ¿no tienes á nadie que te espere en París?

—¡Oh! si, mi buen Pablo, respondió el nuevo artista: lo que me espera aquí es el trabajo, el arte de Fidias, y quizá.... la gloria.!

PABLO WERNER.



ESTUDIOS RECREATIVOS.



Vista del castillo de Tronsberg.

EL BARON VON KOELDWETHOUT.

DE TRONSBURG.

El baron Von Koeldwethout de Tronsberg tenia la cara todo lo buena que puede esperarse de un baron. No necesito decir que vivia en un castillo, porque esto es muy natural, ni que el castillo era viejo, porque ¿qué baron aleman habitó nunca castillo nuevo?

Raros acontecimientos se enlazaban con aquel venerable edificio. Entre los mas horribles y misteriosos se advertia el de que siempre se encañonaba el viento por las chimeneas con el mayor estrépito y silbaba lo mismo

entre los árboles del bosque inmediato. Cuando lucia la luna se deslizaban sus pálidos rayos al traves de las aberturas de ciertas troneras hechas en los muros y despedian una luz mortecina sobre parte de las salas y galerias, al paso que dejaban sumergido el resto del castillo en una profunda oscuridad.

Tratando de explicarme la causa de estos extraordinarios incidentes, he llegado á descubrir en algunos pergaminos viejos muy llenos de polvo y muy perfumados de antigüedad, que uno de los antecesores del baron que se encontraba en apuros de dinero habia asesinado á un pasajero perdido que le preguntó por el camino cierta noche.

Ya que estamos tratando de los antepasados del baron,

me acuerdo que reclamaba á voz en grito derechos que creia tener al respeto de todos por la estension de su genealogia. Me horripila de antemano la idea de fijar el número exacto de aquellos venerables abuelos, pero puedo afirmar sin temor que contaba muchos mas que la mayor parte de los hombres de su tiempo. Lo que yo desearia es que viviese ahora para que tuviera todavia mas. Triste cosa es para los grandes hombres de otro tiempo el haber venido al mundo tan pronto, porque un hombre que nació treientos ó cuatrocientos años hace, no puede esperar razonablemente tener tantos abuelos como un quidam de nuestros dias. Cualquiera pelagatos podrá jactarse de contar una genealogia mucho mas larga que la del personage mas noble de hoy, incluso la de su Gracia Lord W, ó de su Gracia Lady F. y confieso que no es justo. ¡Muy bien! Pero volvamos al baron Von Koëldwethout. Era á fé mia un buen mozo, bien hecho, de cabellos negros, de poblado bigote, que iba á caza con frac verde Lincoln, con botas y un cuerno al hombro. Cuando él hacia sonar aquel cuerno bien conocido, acudian al punto otros veinte y cuatro caballeros de clase inferior con fraques verdes un poco mas bastos, con botas algo menos finas, y cogiendo todos venablos duros como el hierro galopaban en persecucion de las jabalies: algunas veces se esponsorian á encontrar un oso, en cuyo caso el baron mataba desde luego el animal y guardaba la grasa para obsequiar á sus favoritos.

Ya veis que era bien alegre la vida del baron de Tronsberg y mas alegre aun la de sus vasallos que bebían todas las noches vino de Rhin, hasta que se caian sobre la mesa y poniendo las botellas en el suelo para mas desembarazo, pedían sus pipas. Nunca se vieron matones tan lenguaraces, tan risueños y tan divertidos como los huéspedes de Tronsberg.

Pero los placeres de la mesa ó de debajo de la mesa requieren un poco de variedad, y mas cuando son las mismas veinte y cinco personas las que se sientan cada dia en los mismos puestos, para embriagarse con los mismos vinos y referirse y escuchar siempre las mismas historias. El baron se fastidió y sintió necesidad de nuevas distracciones. Se trabó de palabras con sus caballeros y probó á zurrar dos ó tres cada dia despues de comer, probablemente para facilitar la bastante penosa digestion de los manjares alemanes. Le pareció esto por espacio de dos ó tres dias una diversion tan sana como agradable: la continuó por prudencia y se cansó por exceso. Al cabo de una semana se quejó de su monotonia y recayó en su mal humor buscando desesperadamente alguna nueva distraccion.

Cierta tarde, despues de una brillante caceria en que el baron Von Koëldwethout sobrepujo al mismo Nemrod y al famoso Gillingwaser, despues de haber degollado un oso magnifico y conducido en triunfo al castillo, se sentó tristemente á la cabecera de la mesa, fijando la vista con aire de displicencia y enfado en la alumada bóveda de la sala. Se echó sendos tragos de vino, pero cuanto mas bebia, mas fruncia el entrecejo. Los caballeros honrados con la peligrosa distincion de sentarse á su lado, no bebían menos que él y tambien arrugaban el entrecejo.

—¡Yo lo mando! exclamó repentinamente el baron, dando un fuerte puñetazo en la mesa y retorciéndose el bigote con la mano izquierda. Bebamos á la salud de la baronesa de Tronsberg!

Los veinte y cuatro caballeros vestidos de verde Lincoln se pusieron pálidos, á escepcion de sus veinte y cuatro narices cuyo color era inalterable.

—He dicho que bebamos á la salud de la baronesa de Tronsberg, repitió el cazador paseando sus miradas en torno de la mesa.

—¡A la salud de la baronesa de Tronsberg! gritaron los caballeros de frac verde.

Y sus veinte y cuatro gargüeros se humedecieron con veinte y cuatro copas de vino del Rhin, cada una de las cuales contenia por lo menos el valor de una pinta imperial, y sus veinte y cuatro lenguas lamieron sus cuarenta y ocho labios, guiñando los ojos.

—Esa es la encantadora hija del baron Von Swillenhhausen, dijo Koëldwethout, entrando en esplicaciones. Mañana mismo antes de ponerse el sol la pediremos en matrimonio á su padre. Si desecha nuestra alianza, le cortaremos las orejas. —Bebamos, pues, á su salud.

Un ronco murmullo salió en medio de la asamblea, y cada uno llevó primero la mano al pomo de su espada, y despues á sus orejas, y al fin todos vaciaron sus copas lanzándose miradas con una espresion terrible.

¡Qué hermoso asunto de contemplacion suministra el siguiente egemplo de amor filial! Si la hija del baron Von Swillenhhausen hubiese dicho á su padre, humedeciendo sus pies con las lágrimas, que su corazon no era libre; si se hubiera desmayado ó hubiese tratado de persuadir al viejo hidalgo con palabras húmedas de lágrimas, podia apostarse mil contra uno que el baron Swillenhhausen se hubiera arrojado por una ventana de su castillo, y demolido el castillo. Pero la señorita reprimió su lengua y sus lloros, cuando desde bien temprano se presentó al siguiente dia el mensajero que llevaba la demanda de Von Koëldwethout, retirándose modestamente á su alcoba, donde aguardó la llegada del pretendiente y de su comitiva. Apenas supo que el caballero de poblado bigote era su futuro esposo cuando se apresuró á buscar á su padre anunciándole que estaba dispuesta á sacrificarse por su dicha y tranquilidad, y aun añadió que haria gustosa este sacrificio si habia de dar un poderoso protector á la debilidad de la casa de Swillenhhausen. —El venerable pergamino que me guia en esta historia hace á este propósito una reflexion maliciosa, tratando de la hermosura varonil y de los bigotes del baron; pero como yo soy un historiador de una discrecion á toda prueba, no me detendré mas tiempo sobre esta reflexion.

Si la hija del baron Von Swillenhhausen tuvo ocasion de prendarse de la cara de su esposo, mucho mas motivo tuvo este para enamorarse de las facciones de su novia. Las mas delicadas tintas de la fruta madura, y el suave colorido de las flores, no igualan la mezcla de lirio y rosa de su hermosísimo rostro ni al brillante azul de sus ojos. La vid con su elegante adorno no es mas graciosa que los bucles de espesos cabellos negros que jugueteaban al rededor de su frente. En fin, su dulce voz era para los oidos encantados de Swillenhhausen la mas dulce música que puede oirse sobre la tierra.

En el mismo dia de la llegada del baron, hubo en el castillo una gran fiesta. Los veinte y cuatro caballeros amigos de Koëldwethout, protestaron eterna amistad á los doce caballeros de Swillenhhausen, y prometieron al viejo baron beber su vino hasta ponerse amoratados, queriendo decir probablemente, hasta que el color de sus caras tomase el de su narices. Todos se dieron una amistosa palmadita en el hombro al tiempo de separarse, y el baron de Koëldwethout volvió á su casa alegremente seguido de todos sus compañeros.

Los osos y los jabalies tuvieron huelga durante seis mortales semanas! Unieronse las casas de Koëldwethout y de Swillenhhausen, enmohecieronse los venablos, y el cuerno del baron cesó de producir sus sonidos poderosos....y armoniosos.

Ya habia pasado el buen tiempo para los veinte y cuatro caballeros. ¡Ay! sus dias de gloria y de felicidad se habían calzado á su vez sus botas de viage y ya se alejaban.

—Amigo mio! decia la baronesa.

—Amor mio! decia el baron.

—Qué groseros, que calaveras son esos hombres...

—¿Por qué lo decís, señora? dijo el baron estupefacto.

La baronesa le enseñó desde la ventana, cerca de la

cual estaban sentados, á los veinte y cuatro caballeros que bebían en el patio el último trago de vino para prepararse bien á correr uno ó dos jabalíes.

—Esta es mi comitiva de caza, señora, dijo el baron.

—¡Licenciadla! amor mío, murmuró la baronesa.

—¡Licenciadla! exclamó el baron en el colmo de la sorpresa.

—Para complacer á mi amor, respondió tiernamente la baronesa.

—Para complacer al diablo, señora, replicó el baron. La baronesa lanzó un agudo chillido y cayó desmayada á los pies de su esposo.

¿Qué podía hacer el baron? Lo que cualquiera otro hubiera hecho en semejante caso.—Llamó á la camarera, hizo venir al doctor, y precipitándose en seguida en el patio, sacudió á dos de los caballeros mas acostumbrados al ejercicio de la caza, y dando al diablo á los demás, los maldijo enérgicamente y los despidió.

No será yo quien diga porque medios ó grados ciertas mugeres llegan á dominar á sus maridos como lo hacen; sin embargo yo tengo bien formada mi opinion sobre este particular, y creo que ningún miembro del parlamento debería casarse, porque de cuatro miembros casados, por lo menos tres no votan sino con arreglo á la conciencia de sus mugeres, si es que las mugeres tienen conciencia. Lo único que me importa decir ahora es que de un modo ó de otro la baronesa tomó pronto un gran ascendiente sobre la persona de su marido, y que poco á poco, de día en día, de año en año, el baron concluyó por ceder en todas las cuestiones y disputas y renunciar á todas sus antiguas manías. Robusto todavía á la edad de cuarenta y ocho años, no tenía ya festines, ni orgías, ni caza.—Nada en fin de cuanto le gustaba ó de los que estaba acostumbrado á gozar; y aunque fiero como un leon y duro como el acero, se dejaba manejar como un borrego por su propia muger dentro de su mismo castillo de Grogzwig.

Pero todavía no conocemos todas las desgracias del baron; la privacion de los placeres, la supresion de sus mas queridos hábitos no podían compararse, ni aun entrar en paralelo con el aumento constante de su familia. Cerca de un año despues de su casamiento, vino al mundo un baroncito muy bien formado, en honor del cual los vasallos de Tronsberg dispararon muchos fuegos artificiales y vaciaron multitud de toneles de vino; al año siguiente llegó una baroncita; al tercer año otro baroncito, y de este modo en cada año un baron ó una baronesa (y en una ocasion dos juntos) hasta que el desgraciado baron Koëldwethout se vió padre de una familia de doce hijos.

En cada uno de estos aniversarios la venerable baronesa de Swillenhausen daba pruebas nada equivocadas de su sensibilidad nerviosa y se inquietaba vivamente por la salud de su hija querida la baronesa de Koëldwethout, haciendo con este motivo observaciones morales sobre la conducta de su yerno y deplorando la suerte de su desgraciada hija. Y si Koëldwethout se permitía insinuar siquiera que su muger no era mas desgraciada ni menos querida que las mugeres de otros barones, la vieja baronesa de Swillenhausen suplicaba á todo el mundo que notase que ella sola compadecía los pesares de su hija. Por otro lado sus parientes y sus amigos decían que ella contemplaba demasiado á su yerno, que no alzaba bastante el grito contra él y que si había sobre la tierra un animal bruto y malo, ese era el baron de Tronsberg.

El pobre marido soportó en lo que pudo todas estas vejaciones y molestias, y cuando llegaron á serle intolerables, perdió el apetito, la alegría y cayó en el mayor desaliento del mundo. Pero mayores eran los pesares que le estaban reservados, y cuando se desplomaron todos á la vez sobre su cabeza, aumentóse su melancolía. Contrajo deudas; los cofres de Tronsberg se vaciaron poco á poco, aunque la familia de Swillenhausen los consideró

siempre como inagotables, y precisamente en el momento en que la fértil baronesa iba á hacer una décima tercia adición á la genealogía de la familia, Von Koëldwethout observó que no tenía ni un sueldo.

—Yo no sé que deba hacer ya sino matarme, dijo el baron desesperado.

El viejo pergamino, que decididamente me parece haber sido escrito por una mano muy maliciosa, añade que este es un singular modo de arreglar sus asuntos. Según mi opinion, es por lo menos una brillante idea.—El baron tomó de un armario un cuchillo viejo de caza, y despues de haberlo pasado muchas veces por su bota, lo aproximó á su garganta.

—¡Hum! murmuró, todavía corta poco.

Si fuera yo malicioso podría insinuar que en aquel momento asemejábase algo nuestro baron á aquel otro acometido como él de la manía del suicidio, quien despues de haber visto el rio en que pensaba arrojarse desde lo mas elevado de una escarpada roca, se volvió tranquilamente á su casa, prestando que el agua no estaba bastante profunda; pero dejo semejantes reflexiones al autor del pergamino ya muchas veces mencionado, y vuelvo á mi Koëldwethout.

Volvió á suavizar su cuchillo de caza, y preparábase á una segunda tentativa de destruccion, cuando fué interrumpido por los gritos alegres de los baroncitos y baronesitas, cuya habitacion estaba en una torre vecina, con ventanas guarnecidas por barras de hierro para impedir que se cayesen en el foso.

—Si fuese todavía muchacho, dijo nuestro hombre suspirando, podría hoy matarme hasta cincuenta veces sin temor de interrupcion. ¡Ola! llevad un frasco de vino y la mayor de mis pipas á la salita abovedada, detras del salon.

Un criado ejecutó maravillosamente las órdenes del baron en el espacio de poco mas de media hora, y Von Koëldwethout, informado de que todo estaba dispuesto, entró en la pieza abovedada cuyas sombrías paredes brillaban á la luz del fuego de la chimenea. La botella y la pipa estaban colocadas sobre una mesita; en una palabra, la pieza tenía un aire muy confortable.

—Deja la lámpara, dijo el baron.

—¿No quereis nada mas, señor? preguntó el criado,

—Sal.

Obedeció aquel, y Koëldwethout echó el cerrojo á la puerta.

En seguida, dejando á un lado el cuchillo de caza, y llenando un gran vaso de vino, el señor de Tronsberg se dejó caer sobre una silla, apoyó sus pies sobre los mórtillos de la chimenea y se puso á fumar.

Reflexionó en multitud de cosas. Dios sabe de qué naturaleza eran sus reflexiones.—Es probable sin embargo que sus ideas tendrían relacion con sus pesares presentes y con sus placeres de niño, ¡ay! tan distantes entonces.—Esta reflexion debió necesariamente llevarle á sus pobres caballeros tanto tiempo hacia dispersos por el pais, sin que se supiera su paradero, á escepcion de dos de entre ellos que habían tenido la desgracia de ser decapitados y de otros cuatro que murieron de borrachera. Su imaginacion corrió largo tiempo por entre los osos y los jabalíes; despues tomando su vaso lo apuró hasta las heces y levantando la vista, creyó apercibirse de que no estaba solo.

¡No, no estaba solo! porque del otro lado de la chimenea vió sentado un ser horroroso y arrugado, con ojos cóncavos y sanguinolentos, rostro cadavérico y de una longitud desmesurada, sombreados por largos mechones de cabellos negros. Este ser fantástico le pareció envuelto en una especie de túnica de color azul sembrada de calaveras y huesos. Sus piernas estaban encajonadas, no en escarcelas, sino en tablas de atahud, y de su hombro izquierdo pendía una capa corta que parecía fa-

bricada con pedazos de mortaja. Esta aparicion ninguna atencion manifestó prestar al baron, pero contemplaba fijamente el fuego frotándose las piernas por encima de sus escarcelas improvisadas, como para restablecer la circulación de la sangre.

—¡Hé! exclamó el baron, dando una patada en el suelo para llamar la atencion del huésped desconocido.

—¡Hé! replicó el otro, ¿quién está aquí?

—¿Quién está aquí? repitió el baron sin asustarse de aquella voz hueca y de aquellos ojos opacos.

—Yo soy quien debería hacer esta pregunta. ¿Cómo habéis entrado aquí?

—Por la puerta, respondió el espectro.

—¿Quién sois?

—Un hombre.

—No lo creo.

—Poco me importa que no lo creais.

—No, no lo creo.

La aparicion miró algun tiempo al valiente baron de Grogzwig y le dijo familiarmente:

—Veo que no hay medio de engañaros. Teneis razon, no soy un hombre.

—Pues entonces ¿quién sois?

—Un génio, respondió la aparicion.

—Pero no por eso sois mas hermoso, respondió el baron con una mezcla singular de ironia y de desprecio.

—Yo soy el génio de la desesperacion y del suicidio, dijo el desconocido lentamente: ¿me conocéis ahora?

Al pronunciar estas palabras la aparicion se volvió hacia el baron como para prepararse á obrar; y lo que en ello hubo de notable fué verla, quitándose la capa, enseñar un puñal que le atravesaba el cuerpo, arrancarlo violentamente y colocarlo sobre la mesa tan tranquilamente como si hubiese sido un baston de viage.

—Ahora, dijo el espectro, echando una mirada al cuchillo de caza, ¿estais dispuesto?

—Todavía no, contestó el baron, es menester que acabe de fumar esta pipa.

—Despachaos.

—Parece que teneis mucha prisa.

—¡Sí! sí, la tengo: aun me queda mucho que hacer en Francia y en Inglaterra, á donde pienso dirigirme desde aquí. Mis momentos están contados.

—¿Bebeis? dijo el baron torando la botella con la pipa.

—Bastante, respondió el génio secamente.

—¿Jamás con moderacion?

—Jamás, respondió la aparicion suspirando; esto engendra la alegría.

El baron lanzó una segunda mirada á su nuevo desconocido, que consideraba como un visitador extraordinario y fantástico, despues le preguntó si tomaba una parte activa en todos los asuntos parecidos al de que trataban á la sazón.

—No, respondió el génio evasivamente, pero siempre estoy presente.

—Supongo que será para ver si las cosas pasan de la regla, dijo el baron.

—Precisamente para eso, respondió la aparicion jugando con el puñal cuyo acero examinaba. Daos toda la prisa que podais, porque me espera un jóven aburrido por las riquezas y la ociosidad.

—¡Matarse porque tiene demasiado dinero! exclamó el baron, prorumpiendo en la mas desaforada risa del mundo. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡es peregrina la idea!

Esta era la primera vez que el baron reia despues de largo tiempo.

—Decidme, replicó el génio con aire suplicante y lleno de ansiedad, ¿acostumbráis á reiros con frecuencia?

—¿Por qué me haceis esa pregunta?

Porque vuestras risas me sientan mal: suspirad todo cuanto querais, esto al menos me causará placer.

El baron suspiró maquinalmente, y el génio recobrando aliento le presentó el cuchillo de caza con la mas seductora política.

—¡Ah! no es muy mala idea, dijo Koëldwethout, teniendo la punta fria del acero, matarse por que se tiene demasiado dinero.

—¡Va! dijo la aparicion con petulancia, menos mal que matarse por no tener bastante.

No sé si la lengua del génio fué mas viva que lo que su voluntad le permitia al pronunciar estas palabras, ó si creia que el baron habia tomado ya una resolucion irrevocable para no prestar mucha atencion á sus palabras, solamente sé que Koëldwethout se arrepintió, abrió tamaños ojos y pareció considerar el negocio bajo un punto de vista completamente nuevo.

—Pero en resumidas cuentas, dijo el señor de Grogzwig, nada hay que no pueda remediarse.

—Menos vuestros cofres vacios, gritó el génio.

—Pueden llenarse.

—Vuestra muger riñe, murmuró sordamente la aparicion.

—¡Oh! se la hará callar, nada mas facil, dijo el baron; y como si acabase de tomar una resolucion súbita y desesperada, su mano derecha atormentó largo tiempo las tenazas que á la sazón enpuñaba como para amenazar á alguien.

—Pero teneis trece hijos.

—No todos han de ser desgraciados.

El génio se irritaba evidentemente al ver el cambio de opinion del baron, pero hizo como que reia, preguntándole que cuando acababa de chancearse.

—No me chanco, dijo Koëldwethout, jamás he hablado tan seriamente.

—¡Pues bien! me alegro de ello, dijo el génio sonriéndose con un gesto horrible, porque francamente, las bromas y los largos discursos son mortales para mí. Vamos, dejemos este mundo de miserias!

—En efecto, dijo el baron jugando con el cuchillo, este mundo solo lo es de miserias, pero no creo preferible el vuestro.... Al contrario, añadió mirándole lentamente, vuestra cara indica que dejando este mundo no seria mas feliz en el otro.

—Despachaos, gritó el génio reclinando los dientes.

—Dejadme tranquilo, dijo el baron. Quiero tomar el tiempo conforme venga, respiraré el aire fresco de la mañana, cazaré y si se trata de atarme corto, hablaré mas alto que la baronesa y enviaré á pasear á los Swillenhansen!

Diciendo esto se repantigó el baron en su sillón y soltó tan fuerte carcajada que hizo temblar la habitacion.

El génio retrocedió dos pasos, miró fijamente al baron con cierta espresion de terror, cogió su puñal, volvió á hundirlo violentamente en su cuerpo, lanzó un ahullido de espanto y desapareció.

Vol Koëldwethout no volvió á ver la aparicion. Uniendo el efecto á la amenaza redujo pronto á la razon á la baronesa y á los Swillenhansen y murió mucho tiempo despues sin fortuna, pero feliz, dejando una numerosa familia que habia educado con el mayor esmero en la ciencia de la caza de los osos y jabalíes.

Al terminar esta historia quiero dar un consejo á mis lectores. Si motivos semejantes á los que dejo indicados, los hacen alguna vez hipocondriacos y melancólicos, cosa que puede suceder á todos, procuren examinar las dos faces de la cuestion; vuelvan la medalla y contemplen su reverso. Vosotros principalmente, jóvenes incautos, á quienes el dolor conduce algunas veces á la cobardía del suicidio, pensad en vuestra madre que dejais en este mundo, y en Dios que vereis en el otro; pedidle un consejo y seguramente os inspirará la idea conservadora de Koëldwethout.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

CUADRO ANDALUZ.

Nunca viven sin comadres
y en sus desafíos todos
se dicen dos mil apodos.
y luego quedan compadres.

(BARIANTE. Juicio imparcial de la nacion.

El. Güenas noches, cara é roza.
Ella. Mu güenas las tenga osté.
El. ¿Pu osté bajá, zaleroza?
Ella. Iga er majuelo, pá qué?
El. Pa zoplicarle una coza.
Ella. Jable osté, que biene l' escucho,
yo tengo mu fina oreja.
El. Zi quiero yo icirle mucho,
y está tan arta eza reja!..
Ella. Que no bajo, zó abichucho!
El. Pacencia. Pos zepa osté
que tiene una cara é sielo,
una sintura y un pié
que apenas ze vé en er suelo,
cuando baila. ¡Chachipé!
Ella. Toito ezo me lo zabia,
con que agur zó esgalichao.
El. No ze juva, prenda mia,
que de jáblar n' é acabao,
oiga un ratico, mi via.
Zepa osté que yo me muero,
gachona por sus peasos,
y que cuar naide la quiero.
¡Ay, que sintura! ¡qué brasos!
viva el garbo! ¡jui! ¡zalerol!
Ella. ¿Ende cuando enamorao
está osté de mí?
El. Churrú,
ende que t' hube mirao.
ezoz ojos, ay Jezú!
y eze cuerpo tan zalao.
Me jago tiestos, morena,
zi te diguelo en la caye
porque tos te icen «nena,
arrecogete eze taye
ó «vaya una moza güena!»
Ella. Largueze osté, monigote,
que zi z' escurre mi Quico
l' enfila por er cogote
y güelve á osté mas mico
é lo que ez, zó endinote!
maz ya por ayi z' asoma.
El. Corre Quicol ven acá!
Ella. No por Dios, zi to jué groma.
La groma, ya la verá.
Quico. Oyes, Quicol
Dí, paloma.
Ella. Pero.... pregunto.... este mozo....
El. Que me vino á jonjabá!
Ezo no es sierto....

Quico. zonzoniche, ó á Portugà
Mocozo!
va volando zi yo tozo.
Ezpricame tú, mugé.
Ella. Na mas qu' ezo ha suceio.
Quico. Conque er zeñó queria....
Ella. zer de pronto mi querío,
mi curriyo, mi gaché.
Quico. Pos zeñó, esta osté aviaol
cariyo l' ha de costá
el antojo, zó arrastrao!
con la er zantolio no má
va osté á zé esmondongao.
El. Cayese osté, zó mante,
que yo con naide me meto,
conque no m' insurte osté
y deje er camino escueto:
no riño con churumbé.
Quico. Porque me fartan, qu' esdicha!
las patiyas qu' osté tiené!
á lo menos tengo chicha,
zea churumbé ó zea nene,
pa ensartarlo cuar zarchicha.
El. No z' enfæ osté, mi amigo,
no es rigulá z' apajole
por tar coza....
Quico. Cuando igo
qu' en zu tripa he baila el Ole,
mejó que lo baila Trigo.
Conque presto.... la navaja!
que la caudonga es canguelo,
zi no tiene, yo en la faja
traigo dos, que vive er cielo!
er que las vé, vé mortaja.
Amos hombre que m' espera
media sumbre en la paniya;
espachemos é carrera!
El. Y es carlon ó manzaniya?
Quico. Na ze l' importa; amos juera!
El. Es que tengo yo parné....
y no poco, en er borsiyó
pá conviá á zu mercé
á que z' empine un cuartiyó.
Quico. Ice osté bien; á bebé!
Eme eza mano, chacó.
y viva nuestra amistad!
Paloma, quéate con Díó,
presto güelvo, voy á echá
un trago con er zeñó.

Marzo de 1843.

ENRIQUE CISNEROS NUEVAS.



Castillo de Caerphilly.

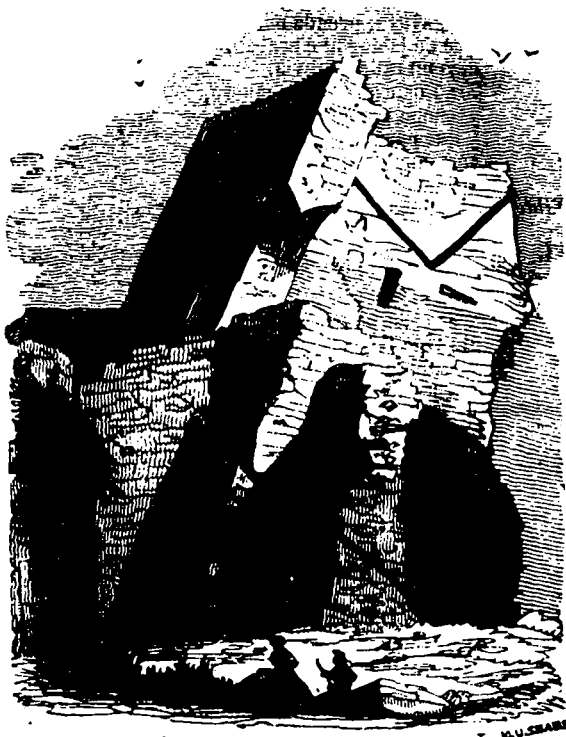
La Inglaterra así como la Italia posee muchas torres inclinadas: la mas notable es la de Caerphilly en el Glamorganshire. En proporcion su pendiente es much mayor que la de cuantas puede citarse; elevada de setenta á ochenta pies, se sale once de la perpendicular.

La singularidad de su posicion llama sobre todo la atencion del viajero si la considera desde el estanque que se halla al pie, y dificilmente podrá reprimir cierta impresion de pavoroso espanto viendo aquella masa de piedras próxima á caer, y que solo retiene la solidez del cimientto. Antiguamente existia en el mismo sitio un castillo que demolieron los Galos en una de sus tentativas para sacudir el yugo de los normandos; el de que forma parte la torre fué construido en 1221, su estension solo cedia á la residencia real de Windsor y debe haber sido uno de los mas hermosos de la Gran Bretaña; sus dependencias y fortificaciones ocupan un espacio de cerca de seis fanegas de tierra. Hallase situado en un llano poco espacioso limitado por colinas, á nueve millas de Cardiff.

La causa de la inclinacion de la torre es bastante singular: Eduardo II, ese rey tan desgraciado como hombre y como príncipe, fué sitiado en ella en 1326 con sus favoritos los Spencer por las tropas de la reina. La resistencia fué larga y obstinada; uno de los medios empleados para vencerla fué colocar al pié mismo de la torre un horno, en el que echaron á derretir metal que era lanzado sobre los sitiados: estos aprovecharon un triunfo momentáneo para libertarse de aquel metal en fusion, y fuese por ignorancia ó de intento, echaron agua encima: la esplosion fué tan violenta que arrancada la torre de sus cimientos, tomó la posicion que ha conservado siempre.

Las torres inclinadas de Bridgenorth en el Shropshire y de Corfe en el Dorsetshire son muy inferiores á la de que acabamos de hablar, y deben la singularidad de su

posicion á conmociones semejantes, difiriendo solo las circunstancias.



Castillo de Brigenolth.